ALMANAQUE

SUD-AMERICANO

Almanaque

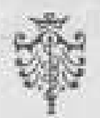
Sud-Americano

PARA EL AÑO

1891

REDACTADO POR

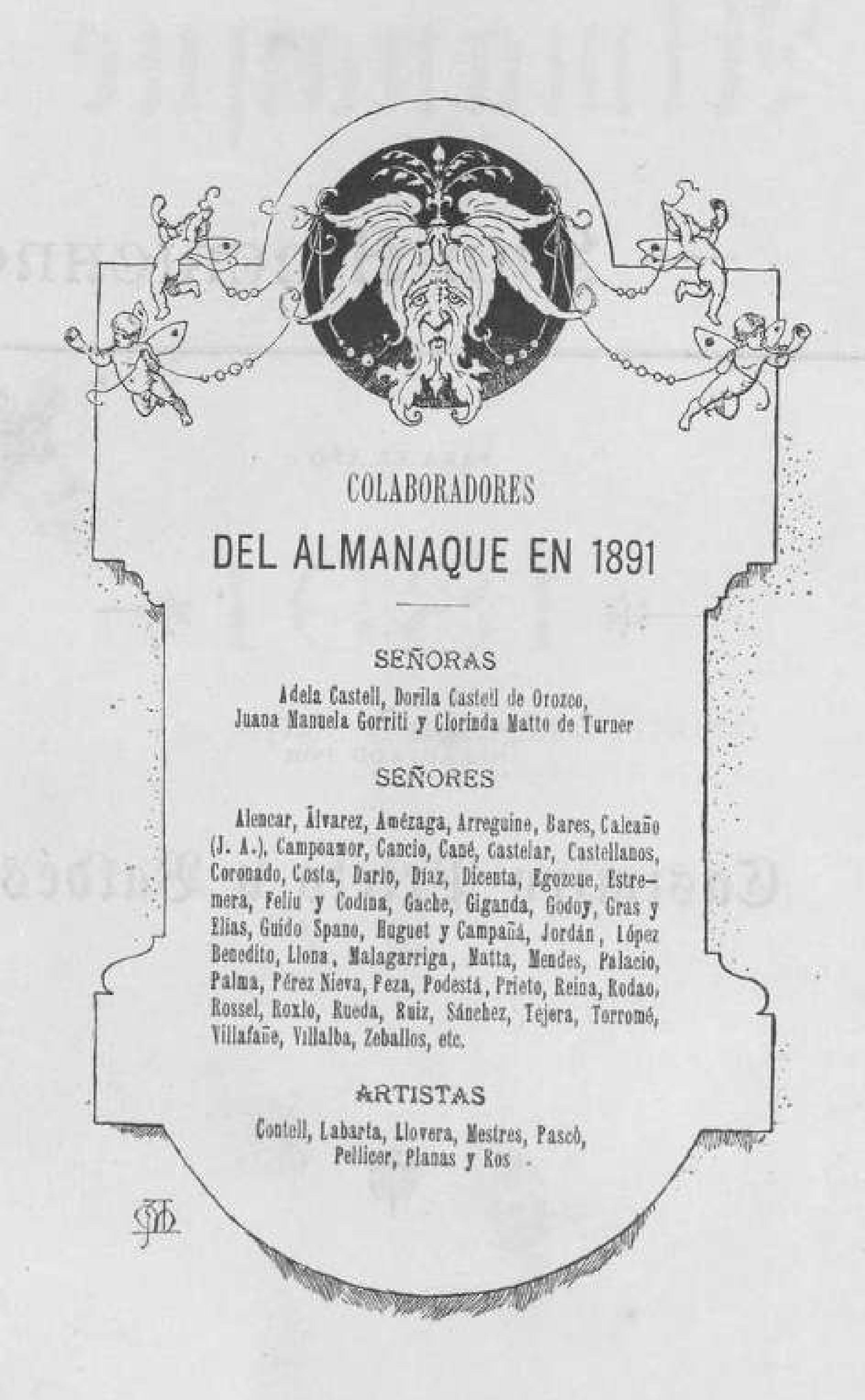
Casimiro Prieto y Valdés



BUENOS AIRES

LIBRERÍA DE «EL SIGLO ILUSTRADO»

CERRITO, 170 Y 174, N/N



COLABORADORES

DEL ALMANAQUE EN 1891

SEÑORAS

Adela Castell, Dorila Castell de Orozco,
Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner

SEÑORES

Alencar, Álvarez, Amézaga, Arreguine, Bares, Calcaño (J. A.), Campoamor, Cancio, Cané, Castelar, Castellanos, Coronado, Costa, Darío, Díaz, Dicenta, Egozcue, Estremera, Feliu y Codina, Gache, Giganda, Godoy, Gras y Elías, Guido Spano, Huguet y Campañá, Jordán, López Benedito, Llona, Malagarriga, Matta, Mendes, Palacio, Palma, Pérez Nieva, Peza, Podestá, Prieto, Reina, Rodao, Rossel, Roxlo, Rueda, Ruiz, Sánchez, Tejera, Torromé, Villafañe, Villalba, Zeballos, etc.

ARTISTAS

Contell, Labarta, Llovera, Mestres, Pascó,
Pellicer, Planas y Ros.

ÍNDICE LITERARIO

ÍNDICE ARTÍSTICO

CONTELL (Ramón J.)

LABARTA (Luis)

LLOVERA (José)

MESTRES (Apeles)

PASCÓ (José)

PELLICER (J. L.)

PLANAS (Eusebio)

ROS (Paciano)



AÑO NUEVO...

—Consuelo... ¿duermes, hija mía? ¿por qué no me contestas? ¡ya lo comprendo todo! ¿qué apostamos á que estás enojada?

—¡Infame!

—Yo bien, gracias. ¡Vaya una manera de saludar á la gente!

—¿Estas son horas de recogerse? están dando las cuatro.

— Sí, no son más que las cuatro...

—Hágame usted el favor de no acercarse. ¡Le odio!

—¡Vamos, Consuelo!

—¡Suélteme la mano ó grito! ¿le parece á *usted* bien hecho pasarse la noche fuera de casa? ¡y eso á los dos años de casado! ¿por qué me fingió *usted* una pasión que no sentía? el octavo no mentir.

—Sí, y el noveno no exagerar. Conque endulza esa voz, que tan ingrata suena cuando vibra en ella el enojo, y no pongas en duda mi cariño, que es todo tuyo. ¡Pues qué! ¿hoy que alborea un nuevo año y la humanidad festeja su llegada con alborozo, creyendo que trae en su maleta de viaje todas las dichas soñadas y todos los bienes apetecidos, han de brillar las lágrimas en tus ojos y han de rasgar los sollozos tu garganta? Es verdad que he pasado la noche fuera de casa, pero ¿y qué? eso le sucede... á cualquier marido. ¡Qué quieres! La sociedad tiene sus exigencias y á veces hay que ahogar los impulsos del corazón y sacrificarse á eso que se llama buen parecer... Sin ir más lejos, aquí estoy yo, que rabiaba por volar á tu lado: pero se le antojó á don Judas festejar la venida del año nuevo con una opípara cena y aun cuando al principio me opuse, no hubo tu tía, y, quieras que no quieras, tuve que cenar con él.

—Y con su señora, ¿verdad?

—¿Con la señora de quién?

—¡De don Judas, Iscariote!

—¡No empecemos con los apodos, mujer! Yo no soy ningún Iscariote.

—Pero... ¿cenó ó no cenó con vosotros la mujer de tu amigo?

—¡Qué había de cenar! ¿no sabes que anoche salió de cuidado?

—¿Cómo de cuidado? ¿pues no me dijiste que el mes pasado había dado á luz un hermoso infante?

—Es verdad.

—¿Y ha tenido otro?

—¡Eso es! ha tenido otro infante... ¡Qué quieres! hay madres capaces de dar soldados á la patria... por compañías.

—Mucha *infantería* me parece esa en un mes.

—En cambio nosotros... ¡ay, Consuelo! se me figura que es mucha torpeza la nuestra en achaques de aritmética conyugal; todo lo más que hemos hecho ha sido *sumar* nuestros afectos y pare usted de contar. ¿Por qué no imitas á la mujer de don Judas? ¡si vieses cómo *multiplica!*

—¡Ya lo creo! no sólo *multiplica*, sino que *divide*... á su esposo por la mitad.

—Todo el mundo tiene hijos, menos nosotros. ¡Cuidado si es terquedad la tuya, mujer! ¡son tan encantadores los niños! un matrimonio sin hijos es como un rosal sin rosas...

¿A qué alma de cántaro puede gustarle no ver reproducida su estampa en mayor ó menor número de *ediciones*... legítimas? ¡Con qué dulcísima emoción veía abrirse en el árbol de nuestros amores las brillantes flores de la esperanza, pensando, necio de mí, que no tardarían en convertirse en fruto... *de bendición!* Pero deshojáronse mis rosadas ilusiones al llegar los primeros fríos del desencanto y esta es la hora que no he podido resignarme todavía con mi poca suerte. ¡Hubiera deseado tanto secundar los fines de la Naturaleza, perpetuando la especie en la medida de mis fuerzas... y las tuyas! ¡Palabra de honor! Yo creo que todo matrimonio estéril debería ser... rescindido. En mi concepto, una mujer sin hijos no es más que una planta de adorno, y á mí me habría gustado mucho, pero muchísimo, una compañera como la de don Judas, que es...

—Una mujer... *frutal.*

—Bastantes veces he envidiado á mi amigo.

—¿Cuántos hijos tiene?

—¿Don Judas?

—Su mujer.

—Catorce.

—Entonces esa señora, más que *árbol,* es un jardín... *de infantes.*

—¡Si vieses qué baraúnda la de aquella casa! todos los vecinos tienen que emigrar del barrio, pues no hay tranquilidad posible á una legua á la redonda de esa familia. ¡Claro! ¡con tanto chico!... Uno chilla; otro llora; éste toca el tambor; aquél se trepa á la primera visita que se presenta; el de más allá aprende aritmética en los espejos, haciendo en ellos, sin la más pequeña equivocación, la cuenta de *dividir;* otro cabalga en cualquiera de los fámulos, al cual no le queda más remedio que tascar el freno de la paciencia... ó salirse desbocado de aquella casa; otro... pero, ¿á qué seguir enumerando las travesuras de aquellos angelitos? ¡no he visto ángeles... más diablos! Y no te digo nada de la lluvia de juguetes que arrecia sobre ellos desde la última venida... del Mesías! Con razón me decía ayer uno de los vecinos: —«Créame usted, caballero; lo que es esta vez nos ha venido á ver Dios.» ¡Naturalmente! figúrate que la cosa empezó con el árbol de Navidad, esa planta exótica no clasificada aún por los botánicos y que tan hondas raíces ha echado en el corazón de los niños; fué tal la cosecha que dió

de tambores, cornetas y otros instrumentos estrepitosos, que no hay sordo, á inmediaciones de aquella casa, que no se crea curado de su dolencia. Pero aun siendo de la piel del diablo, me enamoran los niños.

—Y sobre todo... *las niñas.*

—No lo niego. ¿Acaso hay nada más bello que las niñas? Son mujeres *en flor*... ¡beldades en capullo!



—No, no me refiero á esas, sino á las *niñas en fruto.*

—¡Bah! para mí están... *verdes.*

—¡Hipócrita!

—No empieces á desafinar, mujer; ya sabes que soy fiel como un mastín.

—Y sin embargo, te pasas la noche fuera de casa.

—La culpa la tiene don Judas, que no me ha soltado hasta

ahora. ¡Qué quieres! es uno de esos amigos de *presa*, á quienes habría que tener atados.

—¿Y la otra noche?

—¿Qué noche?

—La Noche Buena... ¿no te apareciste á la madrugada?

—Es que fuí á la misa del gallo. Ya sabes que soy muy devoto...

—¿De las devotas?

—No creas, mujer...

—¡Buena fué la noche que pasé esperándote, sola y deshecha en lágrimas, al verme en tan triste abandono! no



pegué los ojos en toda la noche... ¡Vaya una Noche Buena!

—¡Excelente!... ¡como que es *noche de no dormir!*

—Pero es noche de estarse en su casa, como Dios manda y como hacen todos los maridos que quieren á sus esposas respectivas. El hombre se pertenece á su mujer y no debe abandonarla un momento. Recuerda la Epístola de san Pablo.

—¡Se conoce que san Pablo era soltero! á ser casado... ¡otra epístola nos cantara!

—Lo cierto es que tu conducta va siendo altamente censurable. *Año nuevo, vida nueva*, me dijiste al terminar el anterior, arrepentido de tus primeras infidelidades conyugales, pero todos tus propósitos de enmienda fueron nulos; á

los dos días de haberme prometido regenerarte, te pasaste la noche... ¡Dios sabe dónde!

—En casa de Carlos... ya sabes que desde tiempo atrás andábamos buscando la cuadratura del círculo...

—¿Vicioso?

—¡Bastante arrepentido estoy de haber derrochado mi tiempo en tales quimeras! Afortunadamente me apercibí pronto de la inutilidad de mis esfuerzos y pude eludir las funestas consecuencias de que fué víctima mi pobre amigo, más empeñado que yo en legar su nombre á la posteridad, rodeado de resplandores de gloria.

—Pero... ¿qué le pasó á tu amigo? ¿dónde está?

—¡Donde ha de estar! donde están todos los que se han propuesto descubrir la cuadratura del círculo... ¡en el manicomio!

—No obstante, tú te empeñaste también en resolver ese problema...

—Sí, pero ya ves... ¡me casé!

—La locura no fué tuya, sino mía. ¡Ah! ¡si las solteras supieran las penas del purgatorio que se pasan en el matrimonio, con hombres como los que ahora se usan! con más gusto se quedarían para vestir imágenes. ¡Buenos son los hombres!

—Vamos, Consuelo, no te exaltes... y no exageres. Tus celos ven visiones en todas partes. Si he cometido algún pecadillo venial, bastante lo he purgado ya... y aun dudo que en el Purgatorio se escuchen más quejas y más sermones que en esta casa. Confieso que no soy de la madera de que se hacen los santos, pero no soy tampoco un mal hombre. Conque ábreme los brazos, Consuelo mía, y te prometo ser desde hoy el mejor de los maridos posibles. *¡Año nuevo, vida nueva!* En adelante seré todo tuyo, desde la cruz á la fecha, é iremos juntos á la misa del gallo, y á la ópera... con ó sin *gallos*, y á los bailes de máscara, donde sólo bailaré contigo, aunque los amigos me den una silba, y no me alejaré nunca de tu lado. Nuestra existencia, amada Consuelo, se deslizará feliz bajo un cielo sin tempestades y volverán á abrirse en nuestra alma, como una nueva primavera de rosas, las ilusiones que la embellecieron un día, y volverá á descender á nuestro espíritu, como dorado rayo de sol, la alegría, ahuyentando de él toda sombra de tristeza. Desde hoy, ¡te lo juro! voy á ser otro hombre... ¡y ojalá fueses tú otra mujer!

—¡Eso quisieras, grandísimo bribón! ¡que fuese *otra mujer!*

—Haces mal en torcer el sentido de mis palabras. Quiero decir que desearía que tuvieses el carácter más blando, y que no te sulfuraras tan á menudo y que hicieras, en fin, que nuestros almuerzos estuviesen más ajustados á la Epístola de san Pablo.

—Me has hecho tantas picardías, aunque trates de negarlas, que no creo en tu arrepentimiento.

—Pues como me perdones, te juro que no he de darte más motivos de quejas.

—¡Bah!

—*Año nuevo, vida nueva.*

—¡No! *año nuevo... vida vieja.*

CASIMIRO PRIETO.





1 J. LA CIRCUNCISIÓN DE N. S. J.
2 V. S. Isidoro, obispo y mártir.
3 S. S. Florencio y sta. Genoveva, virgen.

cuarto menguante á las 6 y 19 m. de la mañana.

4 D. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 L. Stos. Telesforo, p. y m. y Eduardo.
6 M. ADORACION DE LOS STOS. REYES.
7 M. S. Julián, m.—ABRENSE LAS VELACIONES.
8 J. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
9 V. S. Fortunato, mr., y sta. Basilisa, mr.
10 S. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arz.

luna nueva á las 12 y 2 m. de la mañana.

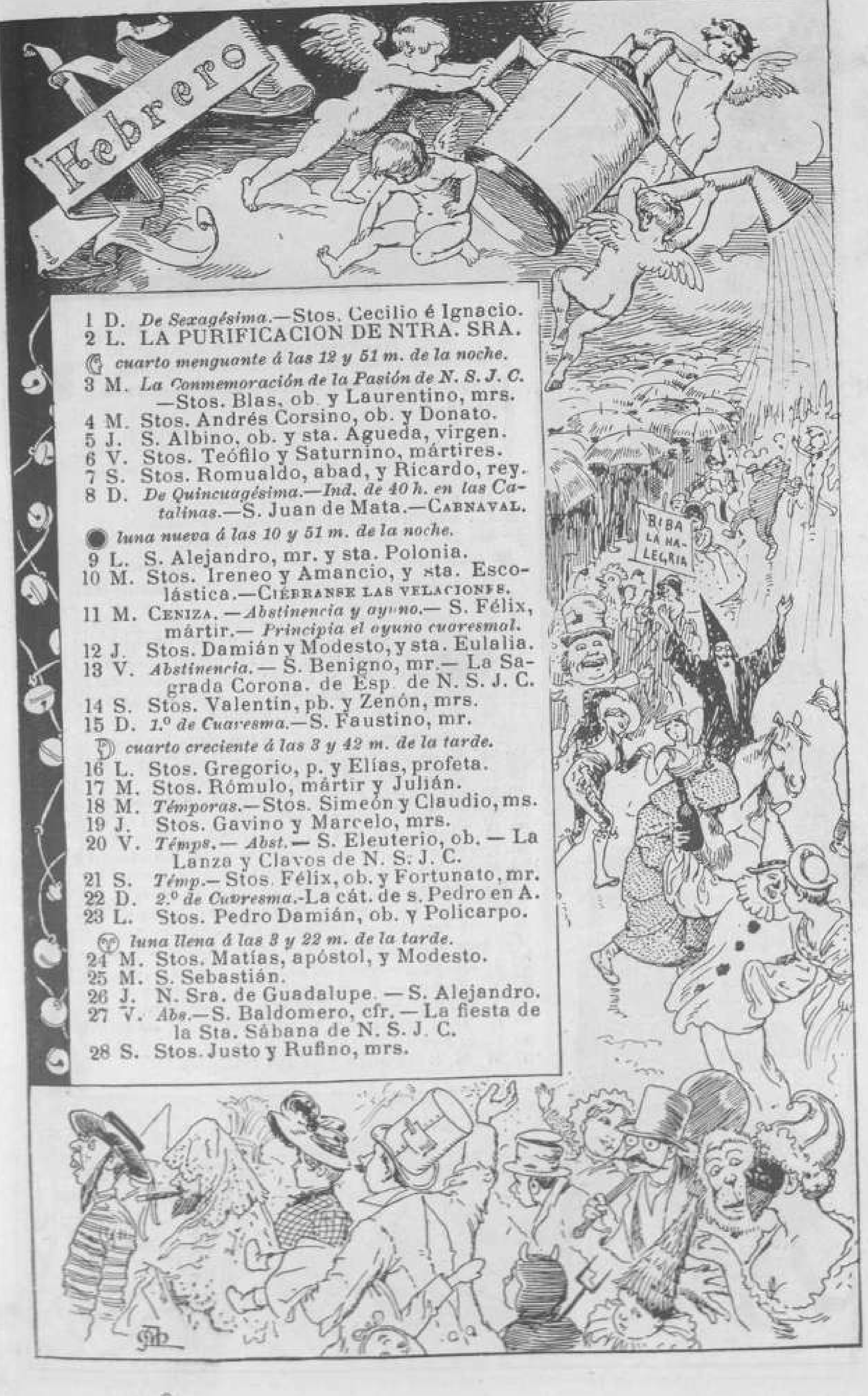
11 D. Stos. Higinio, papa y Salvio, mártires.
12 L. S. Benedicto, obispo.
13 M. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, ob.
14 M. S. Hilario, obispo.
15 J. Stos. Pablo, primer ermitaño y Mauro.
16 V. Stos. Marcelo, p. y m. y Fulgencio, ob.
17 S. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.

cuarto creciente á las 4 de la mañana.

18 D. EL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS.—La Cátedra de san Pedro en Roma.
19 L. S. Canuto y sta. Marta, mrs.
20 M. Stos. Sebastián y Fabián, márs.
21 M. Stos. Fructuoso y Eulogio, mártires.
22 J. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.
23 V. Stos. Ildefonso, arz. y Raimundo de P.
24 S. Ntra. Sra. de la Paz y s. Timoteo, ob.

luna llena á la 8 y 14 m. de la noche.

25 D. *De Septuagésima.* — Ntra. Sra. de Betlehém.—La Conv. de san Pablo ap.
26 L. S. Policarpo, ob. y mr. y sta. Paula, v.
27 M. *La Oración de N. S. J. en el Monte Olivete.*—S. Juan Crisóstomo, ob. y doctor.
28 M. S. Julián, obispo y confesor.
29 J. Dedicación de esta Santa Catedral.—Stos Valerio y Francisco de Sales.
30 V. S. Hipólito, mr. y sta. Martina, virgen.
31 S. S. Pedro Nolasco.



1 D. *De Sexagésima.*—Stos. Cecilio é Ignacio.
2 L. LA PURIFICACION DE NTRA. SRA.

cuarto menguante á las 12 y 51 m. de la noche.

3 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* —Stos. Blas, ob. y Laurentino, mrs.
4 M. Stos. Andrés Corsino, ob. y Donato.
5 J. S. Albino, ob. y sta. Agueda, virgen.
6 V. Stos. Teófilo y Saturnino, mártires.
7 S. Stos. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 D. *De Quincuagésima.—Ind. de 40 h. en las Catalinas.*—S. Juan de Mata.—CARNAVAL.

luna nueva á las 10 y 51 m. de la noche.

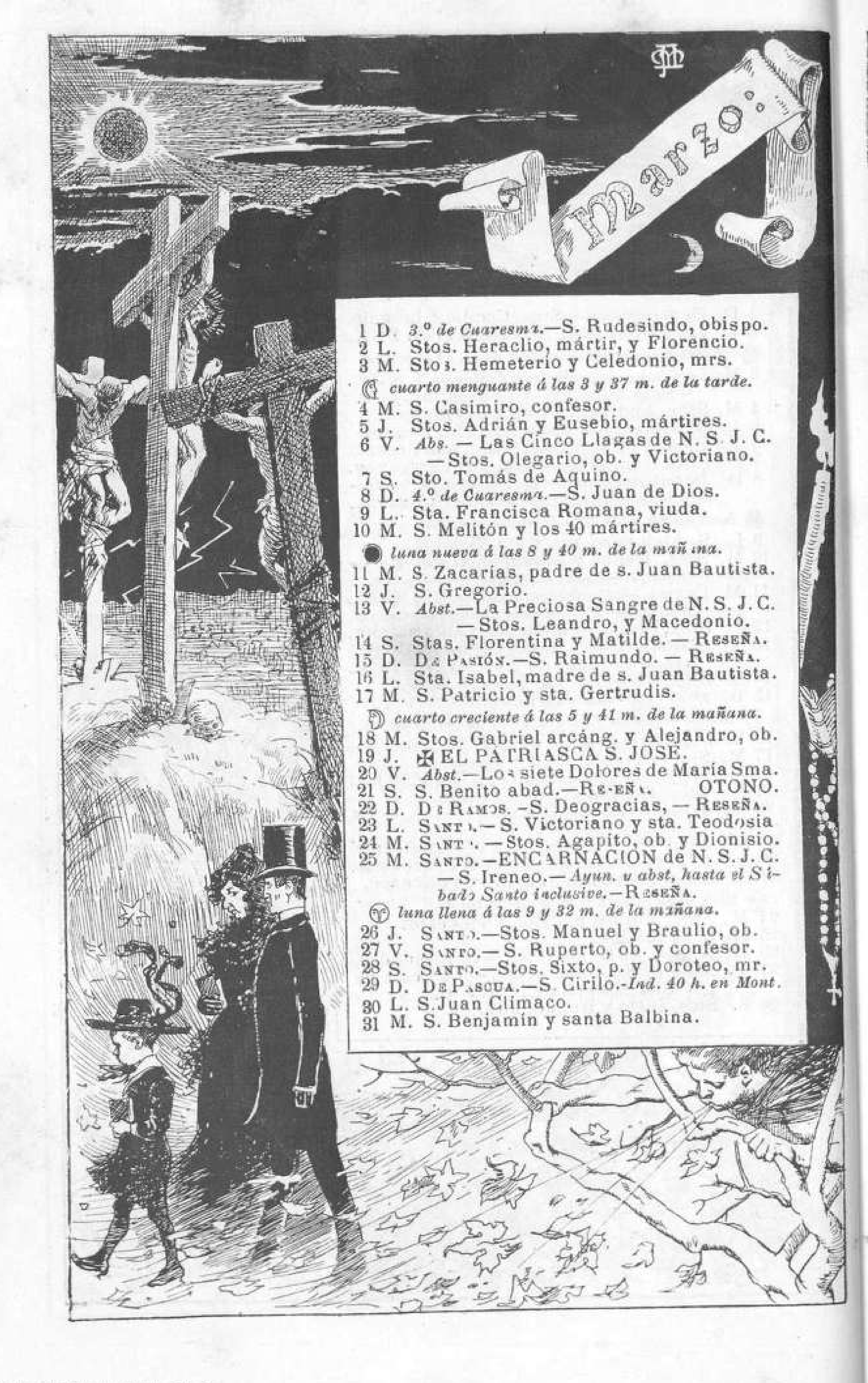
9 L. S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
10 M. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.—CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
11 M. CENIZA. —*Abstinencia y ayuno.*— S. Félix, mártir.— *Principia el ayuno cuaresmal.*
12 J. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia.
13 V. *Abstinencia.* — S. Benigno, mr.— La Sagrada Corona. de Esp. de N. S. J. C.
14 S. Stos. Valentín, pb. y Zenón, mrs.
15 D. *1.º de Cuaresma.*—S. Faustino, mr.

cuarto creciente á las 3 y 42 m. de la tarde.

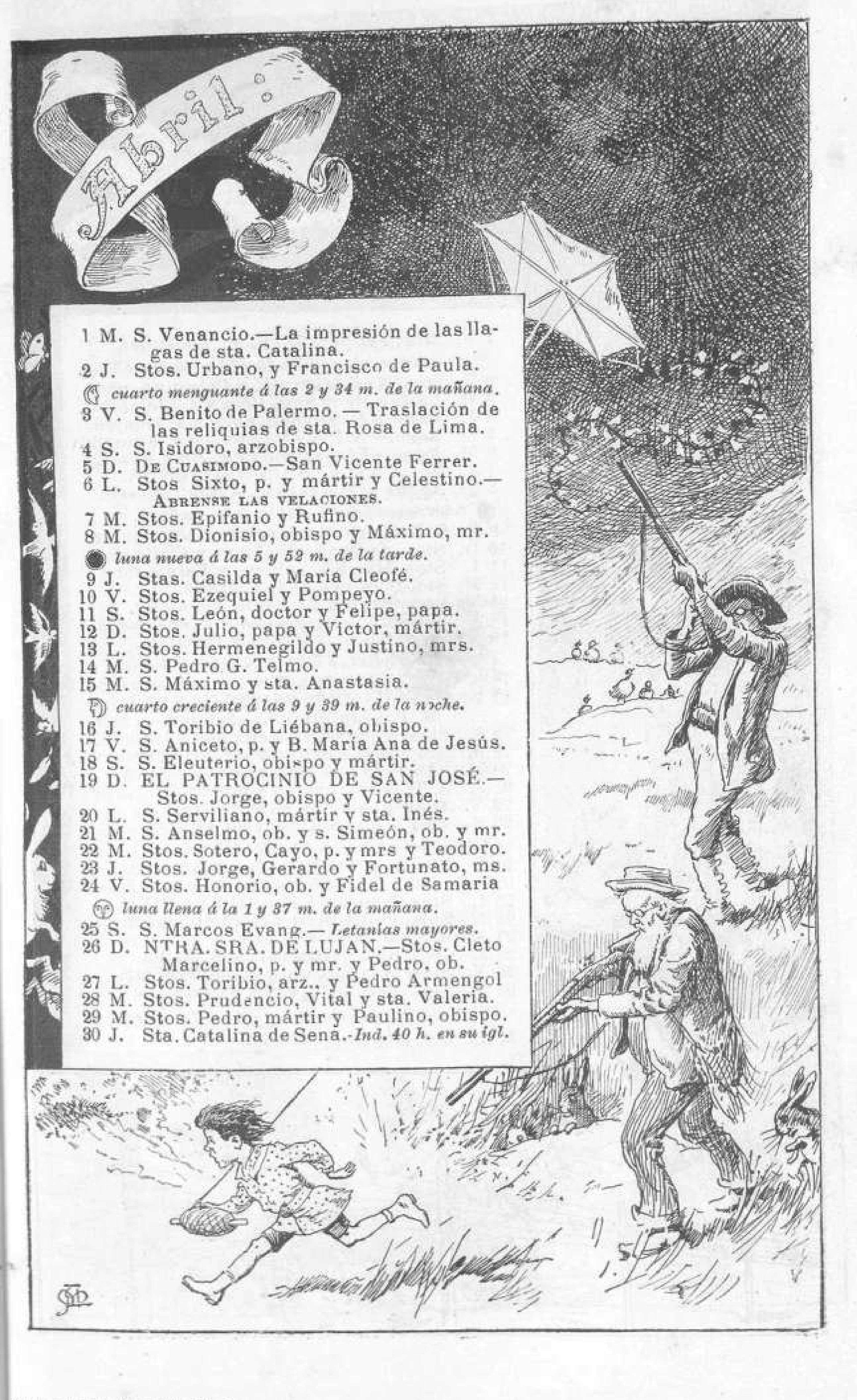
16 L. Stos. Gregorio, p. y Elías, profeta.
17 M. Stos. Rómulo, mártir y Julián.
18 M. *Témporas.*—Stos. Simeón y Claudio, ms.
19 J. Stos. Gavino y Marcelo, mrs.
20 V. *Témps.— Abst.*— S. Eleuterio, ob. — La Lanza y Clavos de N. S. J. C.
21 S. *Témp.*— Stos. Félix, ob. y Fortunato, mr.
22 D. *2.º de Cuaresma.*-La cát. de s. Pedro en A.
23 L. Stos. Pedro Damián, ob. y Policarpo.

luna llena á las 3 y 22 m. de la tarde.

24 M. Stos. Matías, apóstol, y Modesto.
25 M. S. Sebastián.
26 J. N. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
27 V. *Abs.*—S. Baldomero, cfr. — La fiesta de la Sta. Sábana de N. S. J. C.
28 S. Stos. Justo y Rufino, mrs.



1 D. *3.º de Cuaresma.*—S. Rudesindo, obispo.
2 L. Stos. Heraclio, mártir, y Florencio.
3 M. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
cuarto menguante á las 3 y 37 m. de la tarde.
4 M. S. Casimiro, confesor.
5 J. Stos. Adrián y Eusebio, mártires.
6 V. *Abs.* — Las Cinco Llagas de N. S. J. C. —Stos. Olegario, ob. y Victoriano.
7 S. Sto. Tomás de Aquino.
8 D. *4.º de Cuaresma.*—S. Juan de Dios.
9 L. Sta. Francisca Romana, viuda.
10 M. S. Melitón y los 40 mártires.
luna nueva á las 8 y 40 m. de la mañana.
11 M. S. Zacarías, padre de s. Juan Bautista.
12 J. S. Gregorio.
13 V. *Abst.*—La Preciosa Sangre de N. S. J. C. — Stos. Leandro, y Macedonio.
14 S. Stas. Florentina y Matilde. — Reseña.
15 D. De Pasión.—S. Raimundo. — Reseña.
16 L. Sta. Isabel, madre de s. Juan Bautista.
17 M. S. Patricio y sta. Gertrudis.
cuarto creciente á las 5 y 41 m. de la mañana.
18 M. Stos. Gabriel arcáng. y Alejandro, ob.
19 J. ✠ EL PATRIASCA S. JOSE.
20 V. *Abst.*—Los siete Dolores de María Sma.
21 S. S. Benito abad.—Reseña. OTONO.
22 D. De Ramos. —S. Deogracias, — Reseña.
23 L. Santo.—S. Victoriano y sta. Teodosia
24 M. Santo. —Stos. Agapito, ob. y Dionisio.
25 M. Santo.—ENCARNACION de N. S. J. C. — S. Ireneo.— *Ayun. y abst, hasta el Sábado Santo inclusive.*—Reseña.
luna llena á las 9 y 32 m. de la mañana.
26 J. Santo.—Stos. Manuel y Braulio, ob.
27 V. Santo.— S. Ruperto, ob. y confesor.
28 S. Santo.—Stos. Sixto, p. y Doroteo, mr.
29 D. De Pascua.—S. Cirilo.-*Ind. 40 h. en Mont.*
30 L. S.Juan Climaco.
31 M. S. Benjamín y santa Balbina.



1 M. S. Venancio.—La impresión de las llagas de sta. Catalina.
2 J. Stos. Urbano, y Francisco de Paula.

cuarto menguante á las 2 y 34 m. de la mañana.

3 V. S. Benito de Palermo. — Traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
4 S. S. Isidoro, arzobispo.
5 D. De Cuasimodo.—San Vicente Ferrer.
6 L. Stos Sixto, p. y mártir y Celestino.— Abrense las velaciones.
7 M. Stos. Epifanio y Rufino.
8 M. Stos. Dionisio, obispo y Máximo, mr.

luna nueva á las 5 y 52 m. de la tarde.

9 J. Stas. Casilda y María Cleofé.
10 V. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
11 S. Stos. León, doctor y Felipe, papa.
12 D. Stos. Julio, papa y Victor, mártir.
13 L. Stos. Hermenegildo y Justino, mrs.
14 M. S. Pedro G. Telmo.
15 M. S. Máximo y sta. Anastasia.

cuarto creciente á las 9 y 39 m. de la noche.

16 J. S. Toribio de Liébana, obispo.
17 V. S. Aniceto, p. y B. María Ana de Jesús.
18 S. S. Eleuterio, obispo y mártir.
19 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.— Stos. Jorge, obispo y Vicente.
20 L. S. Serviliano, mártir y sta. Inés.
21 M. S. Anselmo, ob. y s. Simeón, ob. y mr.
22 M. Stos. Sotero, Cayo, p. y mrs y Teodoro.
23 J. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, ms.
24 V. Stos. Honorio, ob. y Fidel de Samaria

luna llena á la 1 y 37 m. de la mañana.

25 S. S. Marcos Evang.— *Letanías mayores.*
26 D. NTRA. SRA. DE LUJAN.—Stos. Cleto Marcelino, p. y mr. y Pedro, ob.
27 L. Stos. Toribio, arz., y Pedro Armengol
28 M. Stos. Prudencio, Vital y sta. Valeria.
29 M. Stos. Pedro, mártir y Paulino, obispo.
30 J. Sta. Catalina de Sena.-*Ind. 40 h. en su igl.*



MAYO

1 V. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.

cuarto menguante á las 10 y 23 m. de la mañana.

2 S. Stos. Anastasio, ob. y Celestino, mr.
3 D. La Inv. de la Sma. Cruz y s. Alejandro.
4 L. *Rogac.*— S. Silvano, ob. y sta. Mónica.
5 M. *Rogac.*— S. Pio V y Conv. de s. Agustín.
6 M. *Rogac.*—El martirio de s. Juan Evang.
7 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.
8 V. Ap. de s. Miguel arc.— *Indul. plenaria.*

luna nueva á las 3 y 14 m. de la mañana.

9 S. S. Gregorio Nacianceno, ob. y doctor.
10 D. Stos. Antonio, arzobispo y Cirilo, mr.
11 L. Stos. Mamerto, obispo y Fabio, mr.
12 M. Sto. Domingo de la Calzada.
13 M. Stos. Segundo y Pedro Regalado.
14 J. S. Sabino.—*Patrón menor de esta ciudad.*
15 V. Stos. Isidro labrador y Torcuato.

cuarto creciente á las 2 y 57 m. de la tarde.

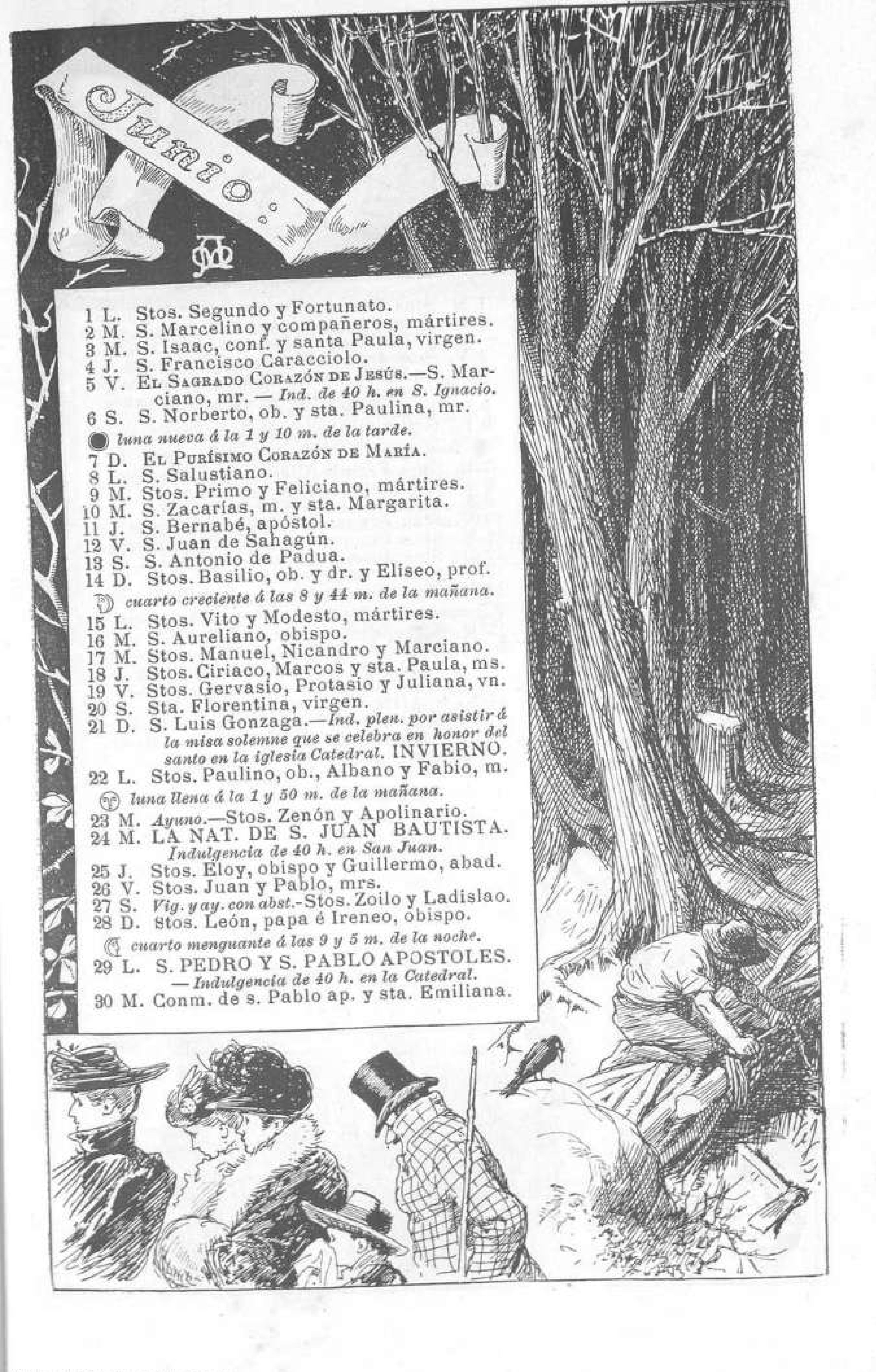
16 S. *Abst. y ay.*— Stos. Ubaldo y Peregrino.
17 D. PASCUA DEL ESPIRITU SANTO.— S. Pascual Bailón.—*Ind. 40 h. en Mont.*
18 L. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 M. S. Pedro Celestino y sta. Prudencia, v.
20 M. *Témp. y ay.*—S. Bernardino de Sena.
21 J. S. Timoteo, obispo y mártir.
22 V. *Témp. y ay.*—Sta. Rita de Casia.
23 S. *Témp y ay.*—S. Desiderio, obispo.

luna llena á las 2 y 56 m. de la tarde.

24 D. LA SMA. TRINIDAD.—*Titul. de esta arquid.*— Sta. Afra.—*Ind de 40 h. en Mont.*
25 L. Stos Gregorio VII.—FIESTA CIVICA.
26 M. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mártir.
27 M. S. Juan, papa y mártir.
28 J. ✠ CORPUS CHRISTI.—S. Justo.
29 V. Stos. Máximo, ob. y Alejandro, mr.
30 S. Stos. Fernando, rey y Félix, p.

Cuarto menguante á las 4 y 7 m. de la arde.

31 D. Sta. Angela de Merici.



1 L. Stos. Segundo y Fortunato.
2 M. S. Marcelino y compañeros, mártires.
3 M. S. Isaac, conf. y santa Paula, virgen.
4 J. S. Francisco Caracciolo.
5 V. El Sagrado Corazón de Jesús.—S. Marciano, mr. — *Ind. de 40 h. en S. Ignacio.*
6 S. S. Norberto, ob. y sta. Paulina, mr.

luna nueva á la 1 y 10 m. de la tarde.

7 D. El Purísimo Corazón de María.
8 L. S. Salustiano.
9 M. Stos. Primo y Feliciano, mártires.
10 M. S. Zacarías, m. y sta. Margarita.
11 J. S. Bernabé, apóstol.
12 V. S. Juan de Sahagún.
13 S. S. Antonio de Padua.
14 D. Stos. Basilio, ob. y dr. y Eliseo, prof.

cuarto creciente á las 8 y 44 m. de la mañana.

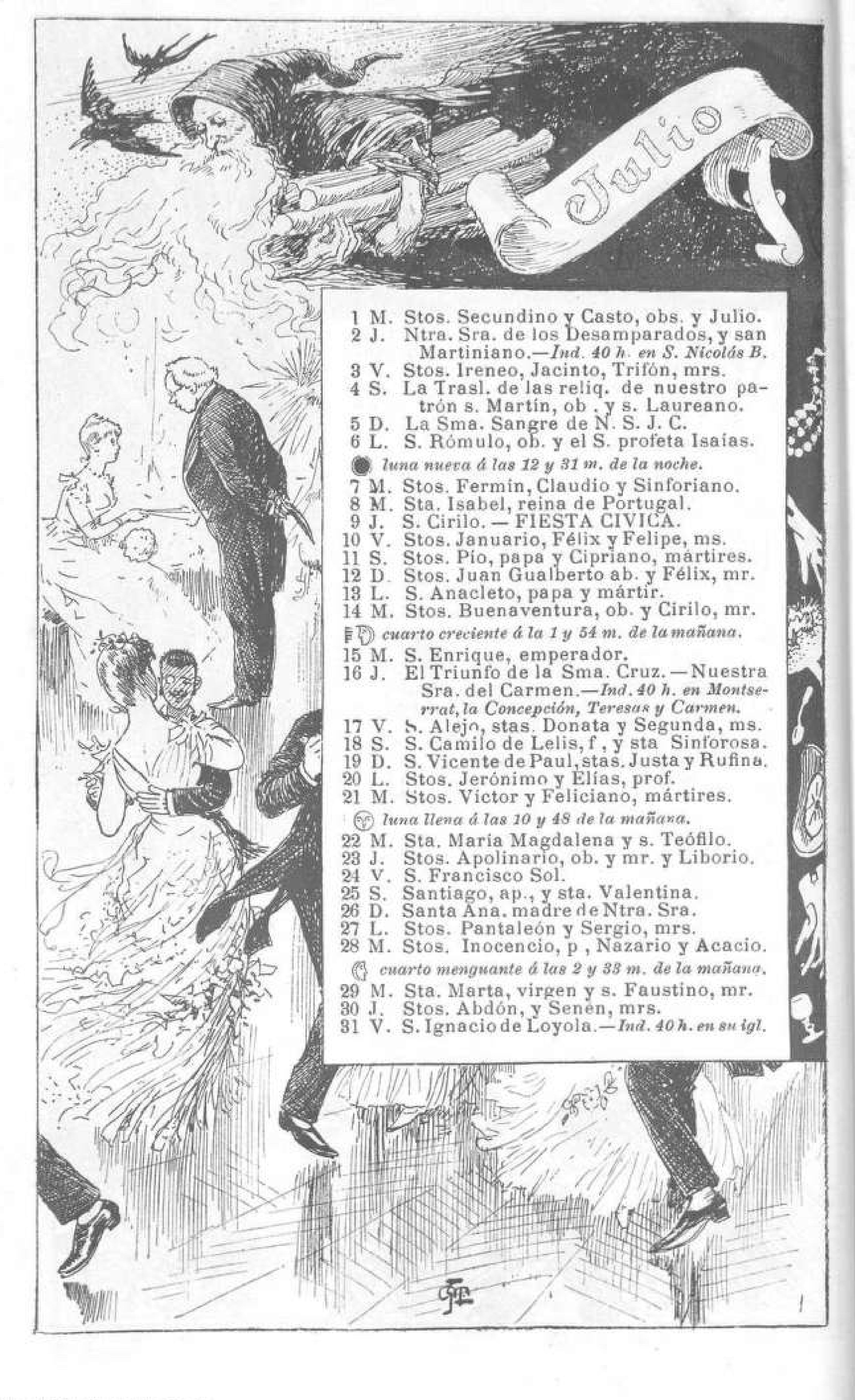
15 L. Stos. Vito y Modesto, mártires.
16 M. S. Aureliano, obispo.
17 M. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano.
18 J. Stos. Ciriaco, Marcos y sta. Paula, ms.
19 V. Stos. Gervasio, Protasio y Juliana, vn.
20 S. Sta. Florentina, virgen.
21 D. S. Luis Gonzaga.—*Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 L. Stos. Paulino, ob., Albano y Fabio, m.

luna llena á la 1 y 50 m. de la mañana.

23 M. *Ayuno.*—Stos. Zenón y Apolinario.
24 M. LA NAT. DE S. JUAN BAUTISTA. *Indulgencia de 40 h. en San Juan.*
25 J. Stos. Eloy, obispo y Guillermo, abad.
26 V. Stos. Juan y Pablo, mrs.
27 S. *Vig. y ay. con abst.*-Stos. Zoilo y Ladislao.
28 D. Stos. León, papa é Ireneo, obispo.

cuarto menguante á las 9 y 5 m. de la noche.

29 L. S. PEDRO Y S. PABLO APOSTOLES. — *Indulgencia de 40 h. en la Catedral.*
30 M. Conm. de s. Pablo ap. y sta. Emiliana.



1 M. Stos. Secundino y Casto, obs. y Julio.
2 J. Ntra. Sra. de los Desamparados, y san Martiniano.—*Ind. 40 h. en S. Nicolás B.*
3 V. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón, mrs.
4 S. La Trasl. de las reliq. de nuestro patrón s. Martín, ob., y s. Laureano.
5 D. La Sma. Sangre de N. S. J. C.
6 L. S. Rómulo, ob. y el S. profeta Isaías.

luna nueva á las 12 y 31 m. de la noche.

7 M. Stos. Fermín, Claudio y Sinforiano.
8 M. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 J. S. Cirilo. — FIESTA CIVICA.
10 V. Stos. Januario, Félix y Felipe, ms.
11 S. Stos. Pío, papa y Cipriano, mártires.
12 D. Stos. Juan Gualberto ab. y Félix, mr.
13 L. S. Anacleto, papa y mártir.
14 M. Stos. Buenaventura, ob. y Cirilo, mr.

cuarto creciente á la 1 y 54 m. de la mañana.

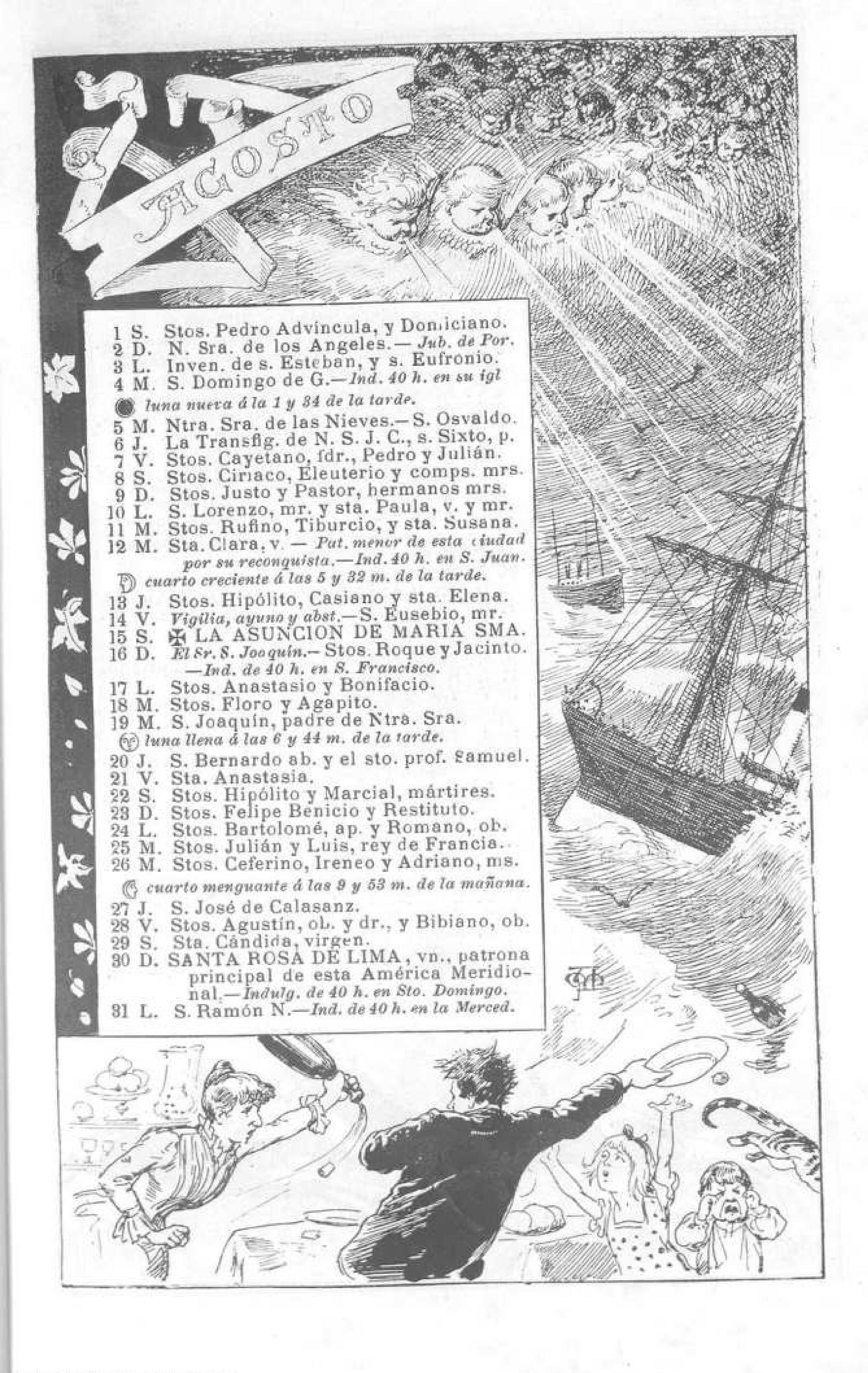
15 M. S. Enrique, emperador.
16 J. El Triunfo de la Sma. Cruz. — Nuestra Sra. del Carmen.—*Ind. 40 h. en Montserrat, la Concepción, Teresas y Carmen.*
17 V. S. Alejo, stas. Donata y Segunda, ms.
18 S. S. Camilo de Lelis, f., y sta Sinforosa.
19 D. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina.
20 L. Stos. Jerónimo y Elías, prof.
21 M. Stos. Víctor y Feliciano, mártires.

luna llena á las 10 y 48 de la mañana.

22 M. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 J. Stos. Apolinario, ob. y mr. y Liborio.
24 V. S. Francisco Sol.
25 S. Santiago, ap., y sta. Valentina.
26 D. Santa Ana, madre de Ntra. Sra.
27 L. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs.
28 M. Stos. Inocencio, p., Nazario y Acacio.

cuarto menguante á las 2 y 33 m. de la mañana.

29 M. Sta. Marta, virgen y s. Faustino, mr.
30 J. Stos. Abdón, y Senén, mrs.
31 V. S. Ignacio de Loyola.—*Ind. 40 h. en su igl.*



1 S. Stos. Pedro Advincula, y Domiciano.
2 D. N. Sra. de los Angeles.— *Jub. de Por.*
3 L. Inven. de s. Esteban, y s. Eufronio.
4 M. S. Domingo de G.—*Ind. 40 h. en su igl*

luna nueva á la 1 y 34 de la tarde.

5 M. Ntra. Sra. de las Nieves.— S. Osvaldo.
6 J. La Transfig. de N. S. J. C., s. Sixto, p.
7 V. Stos. Cayetano, fdr., Pedro y Julián.
8 S. Stos. Ciriaco, Eleuterio y comps. mrs.
9 D. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
10 L. S. Lorenzo, mr. y sta. Paula, v. y mr.
11 M. Stos. Rufino, Tiburcio, y sta. Susana.
12 M. Sta. Clara, v. — *Pat. menor de esta ciudad por su reconquista.—Ind. 40 h. en S. Juan.*

cuarto creciente á las 5 y 32 m. de la tarde.

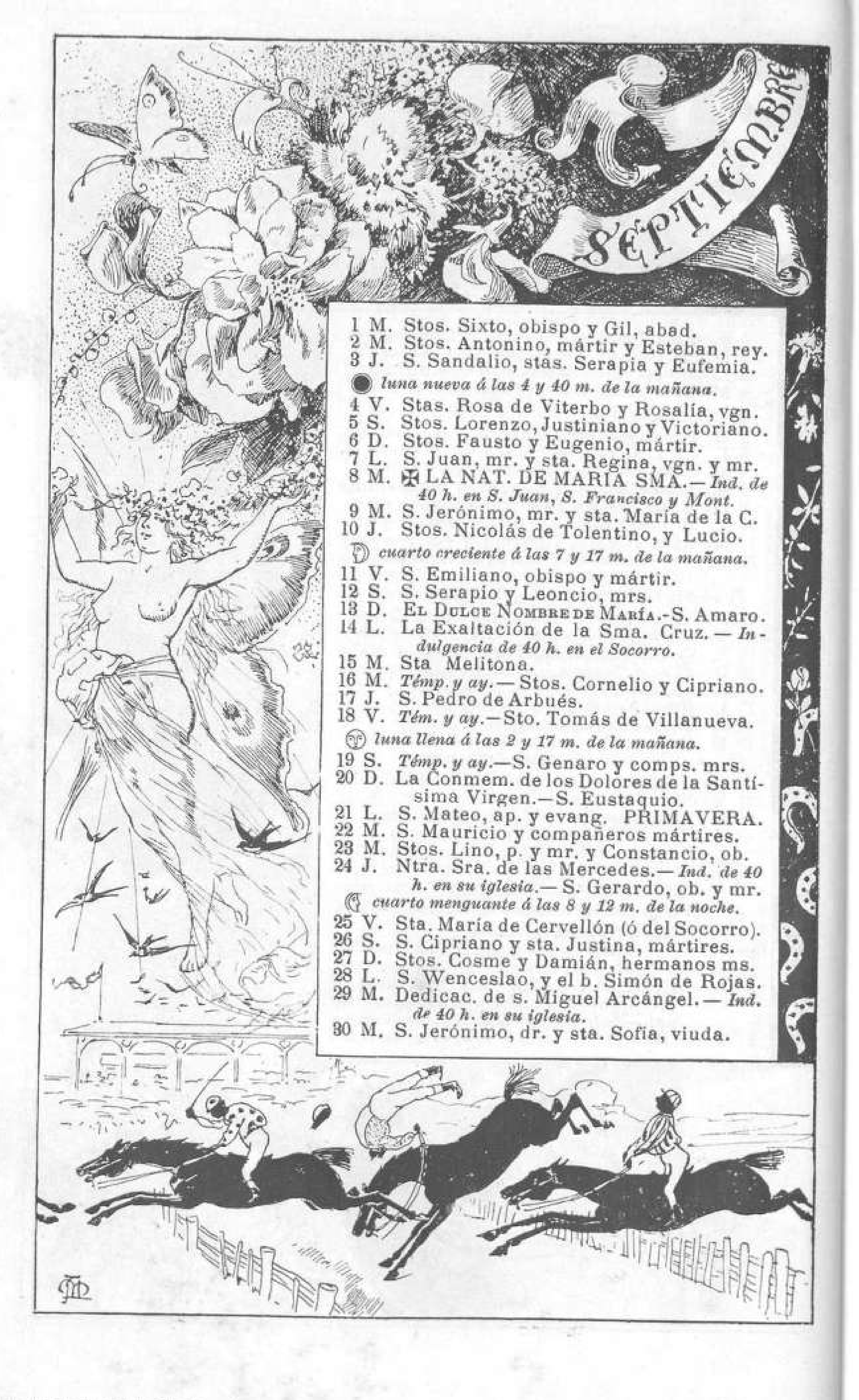
13 J. Stos. Hipólito, Casiano y sta. Elena.
14 V. *Vigilia, ayuno y abst.*—S. Eusebio, mr.
15 S. ✠ LA ASUNCION DE MARIA SMA.
16 D. *El Sr. S. Joaquín.*— Stos. Roque y Jacinto. —*Ind. de 40 h. en S. Francisco.*
17 L. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 M. Stos. Floro y Agapito.
19 M. S. Joaquín, padre de Ntra. Sra.

luna llena á las 6 y 44 m. de la tarde.

20 J. S. Bernardo ab. y el sto. prof. Samuel.
21 V. Sta. Anastasia.
22 S. Stos. Hipólito y Marcial, mártires.
23 D. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
24 L. Stos. Bartolomé, ap. y Romano, ob.
25 M. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 M. Stos. Ceferino, Ireneo y Adriano, ms.

cuarto menguante á las 9 y 53 m. de la mañana.

27 J. S. José de Calasanz.
28 V. Stos. Agustín, ob. y dr., y Bibiano, ob.
29 S. Sta. Cándida, virgen.
30 D. SANTA ROSA DE LIMA, vn., patrona principal de esta América Meridional.—*Indulg. de 40 h. en Sto. Domingo.*
31 L. S. Ramón N.—*Ind. de 40 h. en la Merced.*



1 M. Stos. Sixto, obispo y Gil, abad.
2 M. Stos. Antonino, mártir y Esteban, rey.
3 J. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia.

luna nueva á las 4 y 40 m. de la mañana.

4 V. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, vgn.
5 S. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano.
6 D. Stos. Fausto y Eugenio, mártir.
7 L. S. Juan, mr. y sta. Regina, vgn. y mr.
8 M. ✠ LA NAT. DE MARIA SMA.—*Ind. de 40 h. en S. Juan, S. Francisco y Mont.*
9 M. S. Jerónimo, mr. y sta. María de la C.
10 J. Stos. Nicolás de Tolentino, y Lucio.

cuarto creciente á las 7 y 17 m. de la mañana.

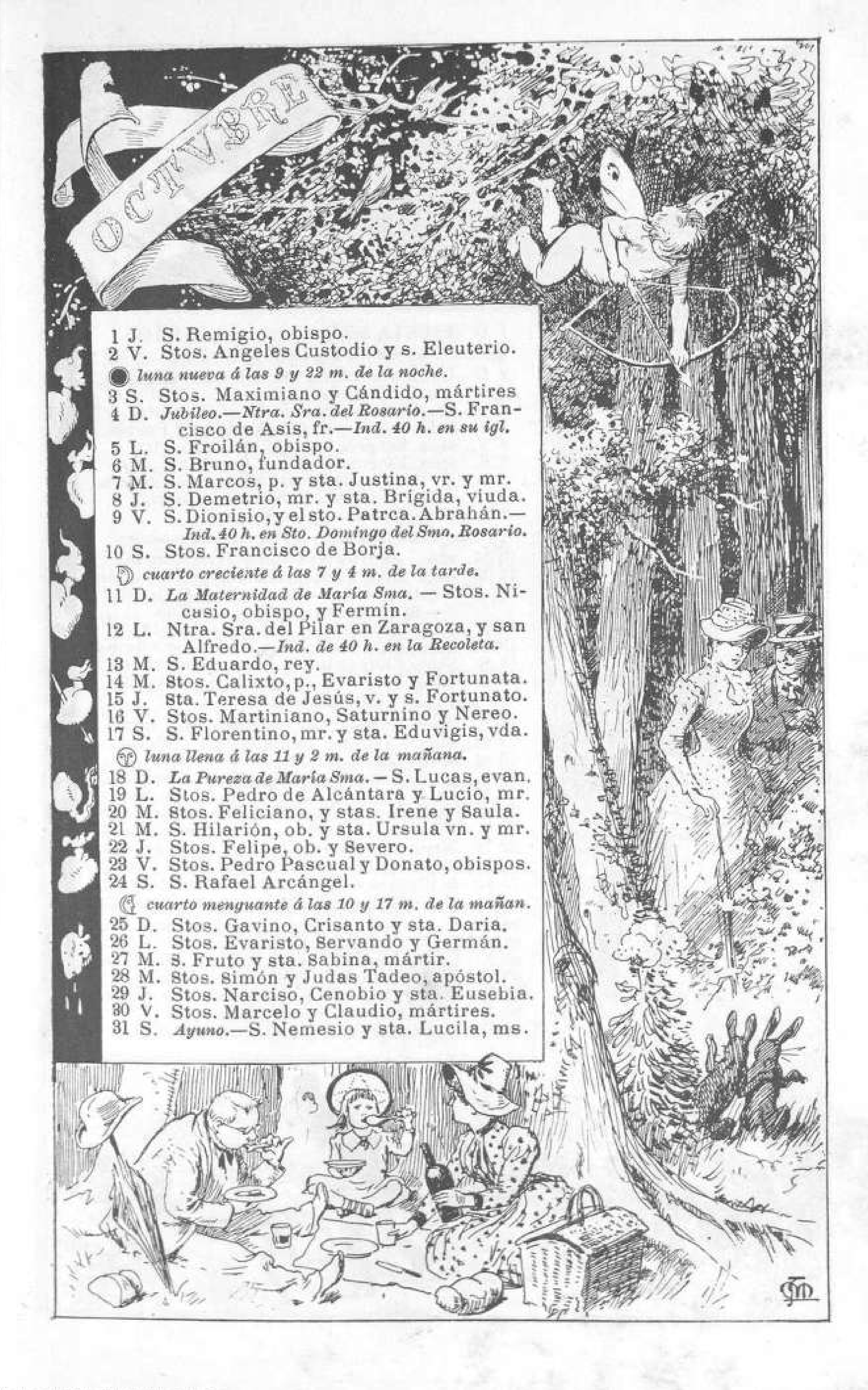
11 V. S. Emiliano, obispo y mártir.
12 S. S. Serapio y Leoncio, mrs.
13 D. El Dulce Nombre de María.-S. Amaro.
14 L. La Exaltación de la Sma. Cruz. — *Indulgencia de 40 h. en el Socorro.*
15 M. Sta Melitona.
16 M. *Témp. y ay.* — Stos. Cornelio y Cipriano.
17 J. S. Pedro de Arbués.
18 V. *Tém. y ay.*—Sto. Tomás de Villanueva.

luna llena á las 2 y 17 m. de la mañana.

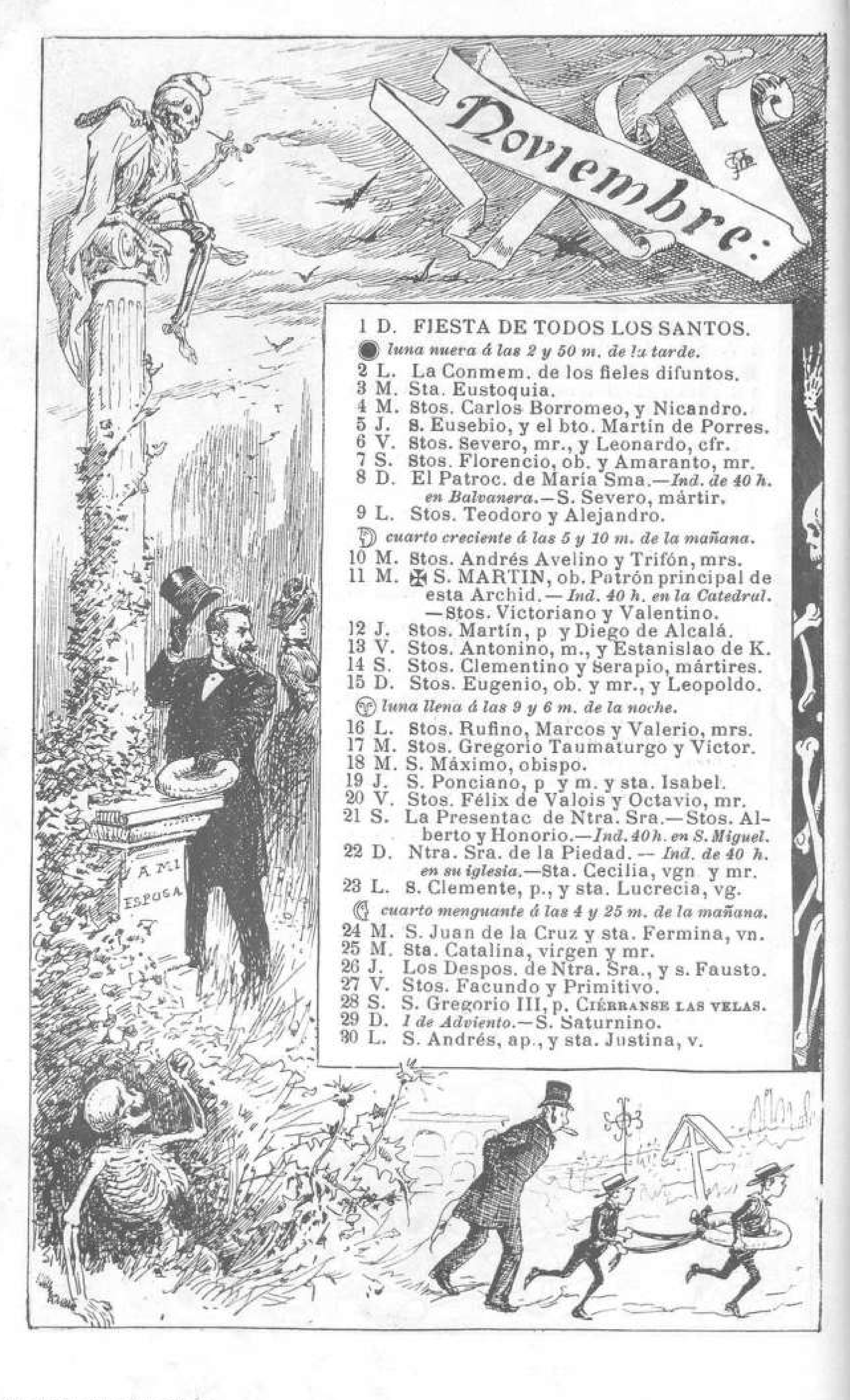
19 S. *Témp. y ay.*—S. Genaro y comps. mrs.
20 D. La Conmem. de los Dolores de la Santísima Virgen.—S. Eustaquio.
21 L. S. Mateo, ap. y evang. PRIMAVERA.
22 M. S. Mauricio y compañeros mártires.
23 M. Stos. Lino, p. y mr. y Constancio, ob.
24 J. Ntra. Sra. de las Mercedes.— *Ind. de 40 h. en su iglesia.*— S. Gerardo, ob. y mr.

cuarto menguante á las 8 y 12 m. de la noche.

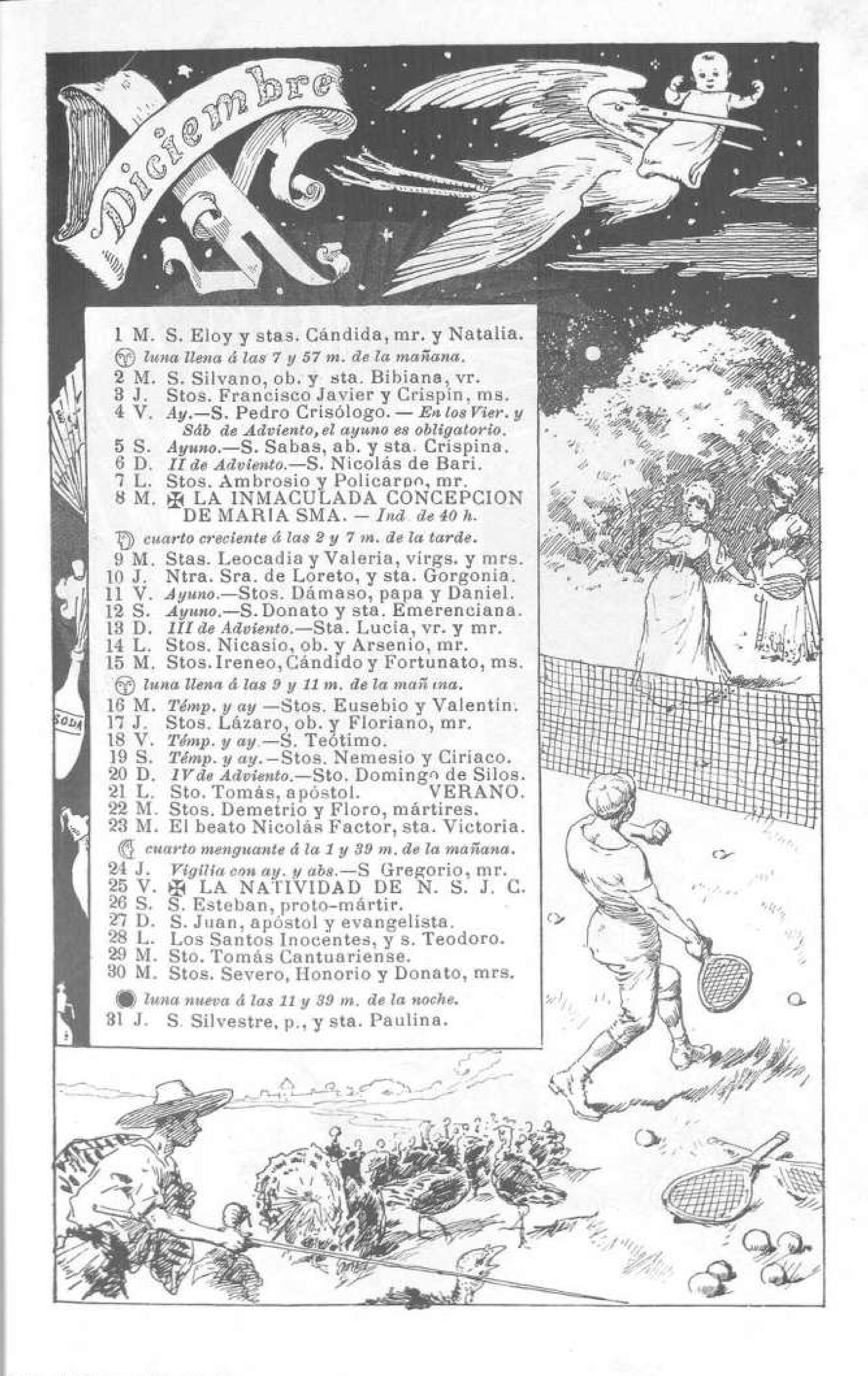
25 V. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).
26 S. S. Cipriano y sta. Justina, mártires.
27 D. Stos. Cosme y Damián, hermanos ms.
28 L. S. Wenceslao, y el b. Simón de Rojas.
29 M. Dedicac. de s. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40 h. en su iglesia.*
30 M. S. Jerónimo, dr. y sta. Sofía, viuda.



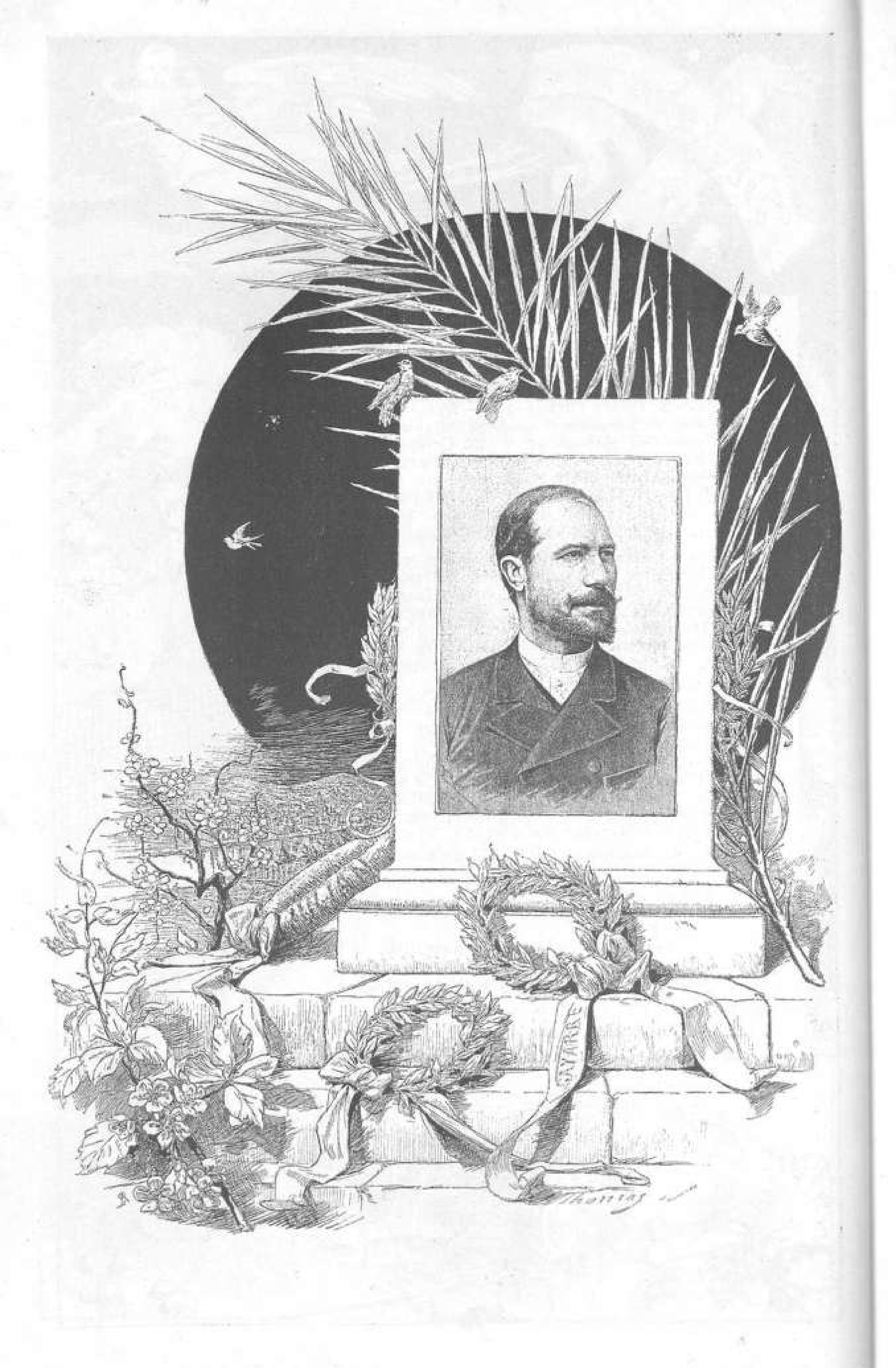
1 J. S. Remigio, obispo.
2 V. Stos. Angeles Custodio y s. Eleuterio.
luna nueva á las 9 y 22 m. de la noche.
3 S. Stos. Maximiano y Cándido, mártires
4 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.*—S. Francisco de Asís, fr.—*Ind. 40 h. en su igl.*
5 L. S. Froilán, obispo.
6 M. S. Bruno, fundador.
7 M. S. Marcos, p. y sta. Justina, vr. y mr.
8 J. S. Demetrio, mr. y sta. Brígida, viuda.
9 V. S. Dionisio, y el sto. Patrca. Abrahán.—*Ind. 40 h. en Sto. Domingo del Smo. Rosario.*
10 S. Stos. Francisco de Borja.
cuarto creciente á las 7 y 4 m. de la tarde.
11 D. *La Maternidad de María Sma.* — Stos. Nicasio, obispo, y Fermín.
12 L. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza, y san Alfredo.—*Ind. de 40 h. en la Recoleta.*
13 M. S. Eduardo, rey.
14 M. Stos. Calixto, p., Evaristo y Fortunata.
15 J. Sta. Teresa de Jesús, v. y s. Fortunato.
16 V. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo.
17 S. S. Florentino, mr. y sta. Eduvigis, vda.
luna llena á las 11 y 2 m. de la mañana.
18 D. *La Pureza de María Sma.* — S. Lucas, evan.
19 L. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
20 M. Stos. Feliciano, y stas. Irene y Saula.
21 M. S. Hilarión, ob. y sta. Ursula vn. y mr.
22 J. Stos. Felipe, ob. y Severo.
23 V. Stos. Pedro Pascual y Donato, obispos.
24 S. S. Rafael Arcángel.
cuarto menguante á las 10 y 17 m. de la mañan.
25 D. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daria.
26 L. Stos. Evaristo, Servando y Germán.
27 M. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 M. Stos. Simón y Judas Tadeo, apóstol.
29 J. Stos. Narciso, Cenobio y sta. Eusebia.
30 V. Stos. Marcelo y Claudio, mártires.
31 S. *Ayuno.*—S. Nemesio y sta. Lucila, ms.



1 D. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.
luna nueva á las 2 y 50 m. de la tarde.
2 L. La Conmem. de los fieles difuntos.
3 M. Sta. Eustoquia.
4 M. Stos. Carlos Borromeo, y Nicandro.
5 J. S. Eusebio, y el bto. Martín de Porres.
6 V. Stos. Severo, mr., y Leonardo, cfr.
7 S. Stos. Florencio, ob. y Amaranto, mr.
8 D. El Patroc. de María Sma.—*Ind. de 40 h. en Balvanera.*—S. Severo, mártir.
9 L. Stos. Teodoro y Alejandro.
cuarto creciente á las 5 y 10 m. de la mañana.
10 M. Stos. Andrés Avelino y Trifón, mrs.
11 M. ✠ S. MARTIN, ob. Patrón principal de esta Archid.—*Ind. 40 h. en la Catedral.*—Stos. Victoriano y Valentino.
12 J. Stos. Martín, p y Diego de Alcalá.
13 V. Stos. Antonino, m., y Estanislao de K.
14 S. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 D. Stos. Eugenio, ob. y mr., y Leopoldo.
luna llena á las 9 y 6 m. de la noche.
16 L. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
17 M. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 M. S. Máximo, obispo.
19 J. S. Ponciano, p y m. y sta. Isabel.
20 V. Stos. Félix de Valois y Octavio, mr.
21 S. La Presentac de Ntra. Sra.—Stos. Alberto y Honorio.—*Ind. 40 h. en S. Miguel.*
22 D. Ntra. Sra. de la Piedad.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*—Sta. Cecilia, vgn y mr.
23 L. S. Clemente, p., y sta. Lucrecia, vg.
cuarto menguante á las 4 y 25 m. de la mañana.
24 M. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, vn.
25 M. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 J. Los Despos. de Ntra. Sra., y s. Fausto.
27 V. Stos. Facundo y Primitivo.
28 S. S. Gregorio III, p. CIÉRRANSE LAS VELAS.
29 D. *I de Adviento.*—S. Saturnino.
30 L. S. Andrés, ap., y sta. Justina, v.



1 M. S. Eloy y stas. Cándida, mr. y Natalia.
luna llena á las 7 y 57 m. de la mañana.
2 M. S. Silvano, ob. y sta. Bibiana, vr.
3 J. Stos. Francisco Javier y Crispin, ms.
4 V. *Ay.*—S. Pedro Crisólogo. — *En los Vier. y Sáb de Adviento, el ayuno es obligatorio.*
5 S. *Ayuno.*—S. Sabas, ab. y sta. Crispina.
6 D. *II de Adviento.*—S. Nicolás de Bari.
7 L. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 M. ✠ LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SMA. — *Ind. de 40 h.*
cuarto creciente á las 2 y 7 m. de la tarde.
9 M. Stas. Leocadia y Valeria, virgs. y mrs.
10 J. Ntra. Sra. de Loreto, y sta. Gorgonia.
11 V. *Ayuno.*—Stos. Dámaso, papa y Daniel.
12 S. *Ayuno.*—S. Donato y sta. Emerenciana.
13 D. *III de Adviento.*—Sta. Lucia, vr. y mr.
14 L. Stos. Nicasio, ob. y Arsenio, mr.
15 M. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato, ms.
luna llena á las 9 y 11 m. de la mañana.
16 M. *Témp. y ay.*—Stos. Eusebio y Valentin.
17 J. Stos. Lázaro, ob. y Floriano, mr.
18 V. *Témp. y ay.*—S. Teótimo.
19 S. *Témp. y ay.*—Stos. Nemesio y Ciriaco.
20 D. *IV de Adviento.*—Sto. Domingo de Silos.
21 L. Sto. Tomás, apóstol. VERANO.
22 M. Stos. Demetrio y Floro, mártires.
23 M. El beato Nicolás Factor, sta. Victoria.
cuarto menguante á la 1 y 39 m. de la mañana.
24 J. *Vigilia con ay. y abs.*—S Gregorio, mr.
25 V. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
26 S. S. Esteban, proto-mártir.
27 D. S. Juan, apóstol y evangelista.
28 L. Los Santos Inocentes, y s. Teodoro.
29 M. Sto. Tomás Cantuariense.
30 M. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
luna nueva á las 11 y 39 m. de la noche.
31 J. S. Silvestre, p., y sta. Paulina.


Thomas

A JULIÁN GAYARRE

Canta la alondra remontando el vuelo
enamorada de la luz del día,
y enamorado tú de la poesía
himnos de fe y amor cantaste al cielo.

—

¡Tiene burlas tremendas el destino!!
¡Vas de la gloria por la senda estrecha
cuando la muerte pérfida te acecha,
y sale y te recoge en el camino!

—

Mudos ya para siempre aquellos sones
que de entusiasmo y de pasión vibraban,
aquellos que escuché, que despertaban
con acentos de amor los corazones!...

—

Llorando la inconstancia de la suerte
¡qué llorar de más plácida dulzura!
¡Qué canto más hermoso de amargura
el último quejido de tu muerte!

MANUEL PASO.

Madrid, Enero de 1890.



PANCHO[1]

Le había perdido de vista desde el día aquel que tuvo la malhadada idea de casarse con Octavia, la hija de su casero. Una noche le encontré en la calle, y, echándome los brazos al cuello, me dijo con voz solemne:

—¿Quieres algo para el otro mundo?

—¿Para el otro mundo? repetí con extrañeza y mirándole fijamente, pues temía que no estuviese en su cabal juicio.

Pancho hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¿Piensas levantarte la tapa de los sesos? continué en son de broma y cogiéndome de su brazo, firmemente resuelto á no soltarle ya, si era preciso, hasta el mismo manicomio.

—Sí, contestó Pancho con acento tan seguro y tan enérgico, que no dejó de alarmarme.

—¿Estás loco? exclamé; ¿qué diablos te pasa? ¿acaso te engaña tu mujer?

—Entremos en esa *rôtisserie* y te lo contaré todo. ¿Cenaste ya? la verdad es que no tengo mucha prisa y puedo dejarlo para más tarde.

—¡Eso es! puedes suicidarte de sobremesa, repliqué

[1] Del libro, próximo á publicarse, *Sombras chinescas.*

sonriendo; aunque sería mejor que hicieses primero la digestión; me parece que sobre el café no debe sentarse muy bien un tiro.

Pancho se encogió de hombros y me condujo al interior de la *rótisserie*.

—Conque cuéntame el argumento de ese drama horripilante de que eres protagonista, dije, no sin cierta curiosidad. ¿Cuáles son los personajes?

—¡Los personajes! repitió Pancho, agitándose nerviosamente en su asiento; ¡eso es lo que me ha perdido! el haber emparentado con *personajes* de nuevo cuño; con gentes que quieren llegar de un salto, por más que se expongan á caer... en el ridículo, á posiciones sociales que sólo dan el nacimiento, la educación ó la inteligencia. Ya sabes lo que ha sido mi suegro: un pobre diablo á quien sonrió un poco la fortuna, en uno de sus caprichos incomprensibles, y de cuyo oscuro origen la primera en avergonzarse es su mujer, que aun cuando no ha nacido tampoco en dorada cuna, tiene, sin embargo, cierto barniz de buen tono, que la confunde con las señoras auténticas. El afán de figurar se ha despertado en ellos de una manera tan vehemente, que dejan llevarse de su incontrastable impulso, aun cuando saben que les conduce por peligrosas sendas á la miseria. Pero hay gentes así: con tal de ir en coche, recorren ese camino con la sonrisa en los labios y se dejan guiar con mucho gusto por el diablo de la vanidad, que es el que se sienta en el pescante.

—¿Y á tí qué te importa de los asuntos de tus suegros?

—Nada, si mi mujer escuchase mis consejos y advertencias, pero desgraciadamente, por un oído le entran y por otro le salen y no se aviene á razones así la aspen. ¡Lo mismo que su mamá!

—¿Conque se parecen como dos gotas de agua?

—¡Hombre, no! como dos sinapismos. La comparación no será tan poética, pero es más exacta... ¡palabra de honor!

—Yo creo que con un poco de energía...

—Es inútil; no hay fuerza moral posible tratándose de ciertas mujeres. ¿Te opones á un capricho? te ruegan con mucho cariño y aún suelen reforzar el discurso con algunos besos más ó menos espontáneos. ¿Que á pesar de los besos te sientes... sin novedad y sigues negándote? ¡pobre de tí! eres el más falso de los hombres; si tu cariño fuese verda-

dero, no negarías nada á tu mujer y te apresurarías á llevarla al baile ó al teatro... ¡no! ¡eso no es amor! La Epístola de san Pablo lo dice bien terminantemente... y si no lo dice, debiera decirlo: «La mujer debe seguir al marido y el marido debe llevar á la mujer á la ópera.» Poco importa que los precios que te cobren por oir, por ejemplo, los gorgoritos de la *Nevada* te dejen... frío, y tengas que imponerte los mayores sacrificios para saborear ese placer digno de los dioses grandes y chicos; eso no es cuenta suya... ni de san Pablo. ¿No va fulana con su marido? ¡pues qué! ¿ha de ser ella menos? verdad que el marido de fulana es hombre de gran fortuna y puede permitirse esas satisfacciones musicales; pero, ¿quién tiene fuerza de lógica



bastante para convencer á una mujer, cuando se trata de algo que contraría sus gustos? no hay razón que valga. ¿Que á pesar de todo, sigues oponiéndote? cesan los ruegos, saltan las lágrimas sobre las mejillas y empiezan los ayes lastimeros y las frases entrecortadas por los sollozos:—¡Qué desdichada soy! ¡quién pensara que aquel hombre, que al pie del altar me juró *amor eterno,* había de destrozar mi corazón á los dos años... de *eternidad!* ¡Si yo hubiese creído á mamá!... ¡así paga mis sacrificios y afanes!... ¡pero la necia fuí yo!... ¡vaya si fuí necia! debía saber que los hombres pagan siempre las deudas de amor con moneda falsa... ¡y pensar que le he querido como una tonta!... de seguro que Teodorito me hubiera hecho más feliz... ¡de seguro!... ¡pobre chico!... ¡cuánto me amaba!...

cuando tuvo noticia de mi matrimonio sintió tal odio por la vida, que intentó varias veces levantarse la tapa de los sesos; y se habría matado al fin... si no se hubiese casado con otra. ¡Aquello sí que era amor! pero no importa; ya que lo quiere mi destino, ¡sea!... desde hoy, caballero, nada existe entre los dos.

—¡Bah! esas son exageraciones tuyas.

—¡Ay, amigo! ¡no lo creas! con mujeres como Octavia, el hombre no tiene más remedio que capitular: lucha siempre con desventaja; nosotros no sabemos manejar más que el arma de fuego de la cólera, y eso de una manera torpe, pues casi siempre nos sale el tiro por la culata, y ellas las esgrimen todas á maravilla, empezando por la lengua, especie de sable de caballería, con la que nos abren en canal. Y entiéndase bien que sólo hablo de mujeres como la mía, pues sé que las hay dóciles, buenas y sencillas, que ni se dejan tentar por la serpiente del lujo, en el paraíso del hogar donde viven con el Adán consorte, ni obligan á éste á morder en la manzana de la vanidad, temerosas de que el ángel de la dicha empuñe su flamígera espada y les arroje á cintarazos del edén terrenal que les deparara el cielo. Pero la mía no es así y ahí nos tienes que andamos fugitivos de ese paraíso en que vivimos tan bien al principio de nuestro matrimonio, y todo por culpa de ella, que cayó neciamente en la tentación, en cuanto el diablo puso delante de sus narices la fruta prohibida... ¡Cuánto siento no haberme colgado del árbol del bien y del mal!

—Pues, chico, es vergonzoso que tú, ¡un hombre! no sepa dominar á un ser tan débil como la mujer.

—Es que hay mujeres y mujeres; las que son como la mía, no tienen nada de débiles y ni por sorpresa hay probabilidades de vencerlas, pues desconfiadas y recelosas, hasta duermen sobre las armas. Y lo peor es que después de hacer morder al hombre el polvo de la derrota, le exigen siempre fuertes indemnizaciones de guerra.

—Pero en suma, ¿qué es lo que pretende Octavia?

—Poca cosa: sacrificar lo necesario en aras de lo superfluo; deslumbrar á la sociedad; es decir, á sus amigas, con el falso brillo de un lujo que no puedo sostener decorosamente é imponerse toda clase de privaciones en el hogar, con tal de aparentar en público una riqueza que no existe. Y mientras ella, recostada muellemente en aristocrática

carretela, exhibe su hermoso busto por calles y paseos, los acreedores llaman con insolencia á la puerta de mi casa y rechazan indignados mis excusas y promesas, como se rechaza la moneda de mala ley. No lo dudes, chico: en los tiempos que alcanzamos, no siempre la miseria se presenta á nuestros ojos vestida de harapos, pues también se la ve, en teatros y salones, de guante blanco y cubierta de brillantes telas.

—Sé que hay mucha miseria dorada, pero eso no es un motivo para que te abandones en brazos de la desesperación.

—Es que mis recursos no están en relación con las exigencias de mi mujer y me temo... una barbaridad. No la conoces bien. Sin ir más lejos, ayer me dijo que no faltaría quien satisfaciese gustoso sus *necesidades*, si me obstinaba en no labrar su felicidad y la de los suyos, negándome á llevarla á la Ópera. Porque, por lo visto, la felicidad que ahora se usa es la *lírica*.

—Pues no la llevas y la obligas á estarse quietecita en su casa.

—¡Ah! tú no sabes de lo que es capaz una mujer... insurrecta. ¡Vamos á andar á tiros!

—Pues repito que es vergonzoso que el hombre, el rey de la creación...

—Querrás decir el rey de los animales.

—No tenga fuerza bastante para hacerse obedecer y tema luchar con seres débiles de suyo.

—Es que la lucha no es sólo con mi mujer. ¿Y dónde me dejas los acreedores? ¡tú no sabes, por lo visto, lo que son los acreedores! no hay día, al ir á mi casa, que no los encuentre delante de la puerta de la calle formados en orden de batalla.

—¿Tan temibles son?

—Tanto, que el otro día tuve que pedir permiso á la policía para usar armas.—¿Le han dirigido á usted alguna amenaza de muerte? me preguntó el comisario, con aire grave.—Amenazar de muerte, precisamente, no, señor, respondí.—¿Pero tiene usted algún enemigo declarado?... insistió el funcionario público, frunciendo el ceño.—Enemigo declarado, precisamente... tampoco; pero verá usted, señor comisario, tengo una porción de *ingleses* que no me dejan á sol ni á sombra y temo que algún día cometan un des-

afuero y haya una desgracia en el barrio, pues su aspecto es cada vez menos tranquilizador; además... —¡Basta! ¡basta! exclamó el comisario, mirándome con aire compasivo, ¡comprendo!

—¿Y te dió permiso para usar armas?

—¿Si me dió permiso? dijo que podía salir á la calle, si quería, hasta con trabuco.

—Pues, chico, yo de tí pondría orden en mi casa sin contemplaciones de ningún género y me negaría redondamente á gastar más de lo que me permitiesen mis recursos.



—¿Y qué haces con una mujer que arma un escándalo cuando se le habla de estas cosas y que no quiere nivelar los ingresos... con las modistas?

—Sepárate de ella.

—Me seguirá aunque vaya á ocultarme entre los esquimales. Desengáñate: lo mejor es que me pegue un tiro. Conque si quieres algo para el otro mundo, no tienes más que mandar.

—Lo que intentas es una locura.

—¡Cuando pienso que hay mujeres cariñosas y sencillas, que cifran todo su afán en agradar á sus maridos, sin que

las desvelen mucho las vanas pompas de la tierra, y se contentan con su suerte, que es el único secreto de la dicha! Pero la mía no es de esas y de buena gana la cambiaría por otra, te lo juro. ¿Por qué no se tomarán las mujeres á prueba, como los melones?

—Se me ocurre una idea.

—¿Para cambiar de mujer?

—¿Has sido siempre fiel á Octavia?

—Como un perro de aguas.

—Pues haz el amor á otra.

—¿A quién?



—¡A cualquiera, hombre!... á la doncella de tu mujer.

—No me atrevo...

—¿Por qué? ¿no quieres faltar á tus deberes conyugales?

—No podría, chico; ¿cómo quieres que enamore á la doncella de mi mujer?... ¡si es horrorosa!

—Mejor; así tu esposa se sentirá más humillada.

—No me animo, francamente... ¡si fuese otra!

—Entre las amigas de tu mujer, ¿no hay alguna que te guste?

—La de Martínez... una rubia encantadora que nos visita con frecuencia.

—Pues procura enamorarla.

—¿Y si lo sabe Octavia? ¡me saca los ojos!

—¿Te quiere mucho?

—Cuando la compro brillantes, con idolatría.

—Pues nada, procura que lo sepa y entonces será ocasión de imponerla condiciones. ¿Que no consigues tu propósito? siempre te queda tiempo para pegarte un tiro.

—Dices bien... después de todo, ya te dije que no tenía mucha prisa.

CASIMIRO PRIETO.



CELOS

Amar á una mujer y, aun siendo amado,
no creer en el cariño que se inspira,
y oyendo en cada frase una mentira,
vivir horriblemente atormentado;

Tornarse irresoluto y desconfiado;
dudar hasta del aire que ella aspira;
temblar de rabia, blasfemar de ira,
y cobarde, después, llorar cansado;

Negar, y no saber por qué se niega;
manchar el alma en el infecto lodo
donde la luz de la razón no llega;

ser juguete de sombras y recelos;
llegar al crimen, y á pesar de todo
amar y siempre amar... ¡eso son celos!

JULIO J. RUIZ.

Buenos Aires, 1890.

LAS MUJERES... ENGAÑADAS



—¿Por qué lloras, Elena?
responde, pues no acierto
á comprender la causa de tu pena
y sufro al ver tu llanto, te lo juro...
—¡Cómo no he de llorar, si sé de cierto
que me engaña Germán!... ¡y Luis!... ¡y Arturo!

LA MEJOR POSESIÓN

Tiene junto al Paraná,
la encantadora Asunción,
una extensa posesión
que heredó de su papá.
No hay otra estancia, quizá,
tan hermosa ni tan rica,
y fácilmente se explica,
siendo tales sus encantos,
que envidien tantos y tantos
la posesión de la chica.

CASIMIRO PRIETO.

¡HUÉRFANA!



I

Me enviaron al bosque vecino
para ver de calmar mis dolores,
recogiendo las bayas silvestres,
cortando las flores.
Me enviaron al bosque vecino
perfumado de tibios olores,
y no hallé ni las bayas silvestres,
ni frutas, ni flores.

—

Solitaria colina me aträe;
se destaca en el límpido azul,
y las nubes plomizas la visten
con fúnebre tul.
Solitaria colina me aträe;
que mi madre amorosa está allí,
y á los pies de su tumba sagrada,
llorando caí.

—

Una voz melancólica escucho...
temblorosa también dice así:
—¿Quién pasea en la triste colina?
¿quién llora por mí?
—Soy yo, madre; tu Berta querida;
no te enfades conmigo ¡yo soy!
De tus besos dulcísimos huérfana,
melancólica estoy.
¿Quién mis rubios cabellos ahora
con el fino marfil peinará?
¿Quién palabras de amor, cuando llore,
como tú me decías, dirá?

—

Y la voz melancólica gime;
temblorosa otra vez dice así:
—Vuelve, vuélvete á casa, hija mía;
no llores por mí.
Hay allá quien tus rubios cabellos
con el fino marfil peinará,
y palabras de amor, cuando llores,
como yo te decía, dirá.
Allí un joven esposo te aguarda;
él espera calmar tu dolor...

vuelve, vuélvete á casa ¡oh, mi Berta!
¡te espera el amor!

II

Otra vez en el bosque vecino,
para ver de calmar mis dolores,
ni recojo las bayas silvestres,
ni frutas, ni flores.

—

Solitaria colina me aträe...
mi gentil prometido está allí,
y á los pies de su tumba querida,
llorando caí.
¿Quién ahora sabrá consolarme
si mis labios no quieren rezar,
y mis ojos están ya cansados
de tanto llorar?

—

Por mi padre llevé luto un año;
por mi madre dos años lloré;
por aquel que debió ser mi esposo
mientras viva su luto pondré.
Ahora cubre sus manos la arena,
y mis manos no puede apretar;
ahora cubre la arena sus labios
y no puede hablar.
Ahora cubren las piedras su frente,
sus costados, su cuerpo ¡ay de mí!
y por eso su voz ya no escucho,
ni saldrá más de aquí!

—

Así gime llorando la huérfana...
¿quién ahora responde al clamor?
...De los mudos, severos sarcófagos,
no sale un rumor!

III

Pero pasa el invierno: la umbría
perfumada de tibios olores,
ya rebosa de bayas silvestres,
de frutas y flores.
¡Qué dichosa la huérfana ahora
en el bosque pasea el dolor,
escuchando á otro joven... su esposo,
que le habla de amor!

—

Solitaria colina á lo lejos
se destaca en el límpido azul,
y las nubes plomizas la visten
con fúnebre tul!

CARLOS M. DE EGOZCUE.

Santa Ana de Misiones Argentinas, 1890.



SONETO

¿Qué nos dejan los años que han pasado
para los que vendrán?—Bien pobre herencia;
algo de un bien amargo: la experiencia,
tal vez algún dinero acumulado.
¿Nada más? ¡Nada más! Y se han llevado
cuanto nos hizo amable la existencia:
la fe, el amor, la paz de la inocencia
con la virtud del corazón honrado.
¡Tanta ruda victoria conquistada,
tanto luchar, vencer y ser vencido
fija en el porvenir nuestra mirada;
tanto áspero camino recorrido
para encontrar al fin de la jornada
que no vale la pena haber vivido!

FERNANDO LÓPEZ BENEDITO.

Buenos Aires, 1890.

ENTRE PRIMOS



—Cuando seamos grandes, Rosa,
nos casaremos los dos.
—¿Yo casarme? ¡no por Dios!
no esperes de mí tal cosa.
El matrimonio, Tomás,
causa disgustos prolijos,
según dicen... Tendré hijos,
¿pero casarme? ¡¡jamás!

A UN ESQUELETO

Es vana al hombre tu lección severa,
vano tu ejemplo, ¡oh tétrica figura!
inútil la amenaza y la pavura;
que él no quiere esperar lo que le espera.

Ríese de tu absorta calavera,
de tu temblosa frágil armadura;
y juzgando tu empresa una locura
sigue, de tí olvidado, su carrera.

Y tú en festín y corte y plaza y prado
con él estás, diciéndole en secreto
la dureza y miseria de su hado.

Que en tanto que al placer se lanza inquieto,
con seda ó lino ó púrpura ó brocado,
cada cual va arropando un esqueleto.

J. A. Calcaño.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Alberto J. Gache

(MARTÍN GUERRA)

AUTOR DEL CELEBRADO LIBRO «DESPUÉS DE HORA»

TRIS... TRAS... ET ERGO TRÚS...

CANDIDATOS Y CONCURSOS

El muy sabio y virtuoso padre Lacunza, muerto há luengos años, solía entretener algunas veces á sus discípulos, narrándoles anécdotas y sucedidos que guardaba en su sorprendente memoria, y que tanto gustaban á los muchachos, harto fastidiados en las bancas del colegio, con el abrumador Epítome y las tremendas Platiquillas del Reverendo Valdivieso, que eran, antaño, los principales textos donde se rumiaba Historia Sagrada y Latín.

Criticando un día el padre Lacunza la manera de hacer los candidatos y la forma en que se llevan á cabo los concursos para proveer cátedras, contaba á sus discípulos lo que va á leer el benévolo lector, si no tiene cosa de más provecho en que ocuparse.

*
* *

A fines del siglo XVII dominaba en todo su apogeo el elemento clerical, en la muy docta é interterránea ciudad de Córdoba, cuna de ilustres varones y célebre ya en esos tiempos por su famosa Universidad y casas de enseñanza dirigidas por reverendos padres de diversas órdenes religiosas.

Jesuítas y franciscanos disputábanse el predominio sobre gentes y cosas, y cada cual trataba de ejercer preponderancia, ora en los centros científicos, ora en las escuelas ó en el seno mismo de las familias, que las había de alta prosapia y muy virtuosas por cierto. De ahí que á cada paso hubiera dimes y diretes entre ambas órdenes, cuando no reñían á fondo y llegaban á ponerse en *ejercicio corporal*, sobre sus respectivas humanidades, manteos, cilicios y sandalias, según fuese la causa de la contienda. Las intriguillas y cuentos sucedíanse diariamente, y los celos y rivalidades tomaban tanto cuerpo, que hacían necesaria, en ciertas ocasiones, la intervención de los generales de ambas comunidades, á fin de calmar los ánimos y volver á ellos la

tranquilidad que habían menester, pues que así cuadraba á los seráficos padres.

Sucedió una vez que habiéndose resuelto establecer una cátedra de griego en el célebre Colegio de Montserrat, armóse una de á pie entre jesuítas y franciscanos; y á tal extremo llegó la cosa, que hubieron de santiguarse de lo lindo unos y otros. Disputábanse las dos órdenes el alto honor de proveer la cátedra en uno de los suyos; pero sucedía que los hijos de san Francisco carecían de *griegos* en sus filas, en tanto que los rivales tenían para prestar. El amor propio estaba herido en lo más íntimo, y no debía consentirse, según lo entendían aquéllos, que un padre jesuíta les llevase la delantera en lo del alfa y la omega.

El asunto avivó el encono entre las dos filas, y no se hablaba de otra cosa en la ciudad, á todas horas del día y de la noche, lo mismo en las calles, que en los colegios y en los hogares.

Cierto día anuncióse que los franciscanos tenían *el hombre*; que le habían descubierto dentro de las mismísimas cuatro paredes del convento, y que estaban dispuestos á pelear la cátedra con el rival más formidable que se presentase á disputarla en honrosa lid. La noticia corrió rápida por todas partes, llevando el contento á los partidarios de los franciscanos, y poniendo en alarma á los de san Ignacio de Loyola.

*
* *

El hombre con que se contaba para derrotar á los jesuítas era nada menos que fray Pedro, portero y maestro de primeras letras, quien habíase ofrecido como *candidato*, al Padre guardián, haciéndole conocer que sabía de griego más que todos los jesuítas habidos y por haber.

La nueva cayó con estrépito en el seno del convento, pues que ninguno de los reverendos sospechara jamás que bajo el pobrísimo sayal de fray Pedro había de ocultarse nada menos que el salvador del crédito y de la honra de la comunidad en tan grave y delicada emergencia. Desde aquel instante, el humilde portero fué objeto de admiración y de los atentos cuidados que correspondían á su sapiencia y humildad. En la ciudad comentóse de mil maneras tan famoso descubrimiento, pues creyóse que la mano de la Providencia intervenía en ello; y á tal grado llegaron los se

dice, las conversaciones y hablillas, que los jesuítas entraron en miedo y se sobrecogieron de temor, pensando en la vergüenza y malos ratos que les traería una derrota. No faltó quien dijera, que el modestísimo portero tenía traducidos como veinte volúmenes de las tragedias de Sófocles, amén de la *Iliada* y la *Odisea* que estaba para acabar de poner en el más castizo castellano.

La atmósfera *se había hecho,* pues, alrededor del *candidato,* como se dice en estos tiempos.

* * *

Sacóse á concurso la anhelada cátedra, debiendo realizarse éste en uno de los salones de la Universidad, en presencia de jesuítas, franciscanos y discípulos de unos y otros. El acto había despertado grandísimo interés, y apercibiéronse á concurrir á él gran golpe de personas. No se hablaba de otra cosa en la docta ciudad, y, como hemos dicho, hasta las damas tomaban parte en el asunto que tan preocupados traía los ánimos.

Llegó por fin el día con tanta ansiedad esperado. Desde temprano las gentes habían acudido presurosas á la Universidad.

A las doce abriéronse las pesadas puertas del vasto salón de bóveda, pobre y desmantelado, donde debía efectuarse el concurso. Entraron los señores de la mesa juzgadora, sentáronse en sus amplios sillones de vaqueta, y luego los padres jesuítas ocuparon el lado derecho y los franciscanos el izquierdo, ambos con sus respectivos discípulos repartidos por la sala en idéntica disposición.

A poco de estar allí, fray Pedro, que permanecía silencioso, sentado en un rincón, púsose de pie con un aire que no cuadraba á la templanza y mansedumbre que debe revestir un pobre hijo de san Francisco; avanzó por entre los muchachos con paso mesurado y la cabeza erguida; echó una rápida ojeada sobre los jesuítas, que le miraban de arriba abajo, y llegó junto á la mesa de sus jueces. Todos los ojos se fijaron en él, y muchos de los presentes no pudieron dominar su asombro ante la altivez y majestad de fray Pedro, á quien conocieran de tiempo atrás humilde y bondadoso.

Tomó asiento frente á sus jueces, quienes le miraban con cierta sorpresa; y después de hacer una ligera reverencia,

dijéronle aquéllos que iba á procederse al acto, á lo cual respondió el candidato con otra inclinación de cabeza.

*
* *

El momento era solemne: reinaba silencio profundo en el amplio salón, y todos miraban atónitos al fraile. Revolvióse éste con desenvoltura en su sillón, se compuso el pecho, frunció el ceño, pasóse la mano por la tonsura, y mirando con serenidad olímpica á sus jueces, dijo con voz firme y segura:

—Séame permitido, ilustres padres, poner de manifiesto una fórmula que deseo someter al recto criterio y sabiduría de la mesa.

Los jueces movieron levemente la cabeza en señal de asentimiento; los jesuítas se estremecieron mirándose unos á otros, y los discípulos se agitaron en sus asientos.

Reinó nuevamente el silencio.

—Sí, ilustres padres y rectos jueces, volvió á decir fray Pedro, tengo una fórmula que quiero someter á la consideración de vuestras mercedes...

Los ilustres padres miraron atentos á fray Pedro, inclinando sus cuerpos sobre la mesa para oir á éste con mayor atención. Los alumnos se miraron unos á otros haciendo aspavientos y revolviéndose en los escaños como asombrados de tanta sabiduría.

Trascurridos algunos segundos, agachó fray Pedro la cabeza en actitud meditabunda, y luego, alzándola altiva, dijo con voz sonora y acción verdaderamente dramática:

—¡Trís... trás... et ergo trús!...

E inmediatamente pasóse por el rostro un pañuelo blanco, y miró al auditorio como para ver el efecto que habían producido sus palabras.

Los franciscanos hicieron, complacidos, demostraciones de aprobación, y los discípulos acompañaron con un aplauso y grandes voces á sus maestros. Los jesuítas quedaron asombrados, como que no entendían *jota* de lo que pasaba, ni atinaban á explicarse la prosopopeya y batología del rival que trataba de disputarles la cátedra públicamente. Murmuraron un instante, y restablecida luego la calma, fray Pedro, contento y satisfecho de lo que acababa de decir y ver, fijó sus ojos en los jueces, en seguida arrojó una mirada á su alrededor, y levantando el brazo derecho, se puso de pie y repitió con gravedad incomparable y sangre fría nunca vista:

—¡Trís... trás... et ergo trús!...

Y se pasó por la cara un pañuelo colorado.

Aplausos, vivas atronadores y grandes palmoteos dejáronse oir en el salón. Luego franciscanos y discípulos levantaron en brazos á fray Pedro, sacáronle fuera y le condujeron en andas por las calles, camino del convento, en medio de una algazara infernal y gritos de ¡viva fray Pedro! ¡vítor! ¡vítor!

Entretanto los jesuítas seguían *en ayunas,* y no sabían de la misa la media.

El concurso había terminado, y la noticia del triunfo del humilde portero de San Francisco corrió por la ciudad.

No tardó mucho tiempo en conocerse el origen de la treta que los franciscanos habían jugado á los jesuítas: todo había sido urdido por fray Pedro, de acuerdo con los muchachos, á quienes prometiera, si hacían la cosa á maravilla, una barrica de pasas de uva traída en esos días de la ciudad de San Juan como regalo de los padres mercedarios á los franciscanos de Córdoba. Después del ruidoso éxito de la treta, no tardó en despanzurriarse la barrica; y cuentan las crónicas que fué aquél, día de refocilación en el convento.

*
* *

—Así se forman los *candidatos* y así se hacen los *concursos* en nuestra tierra, agregaba el Padre Lacunza á sus discípulos.

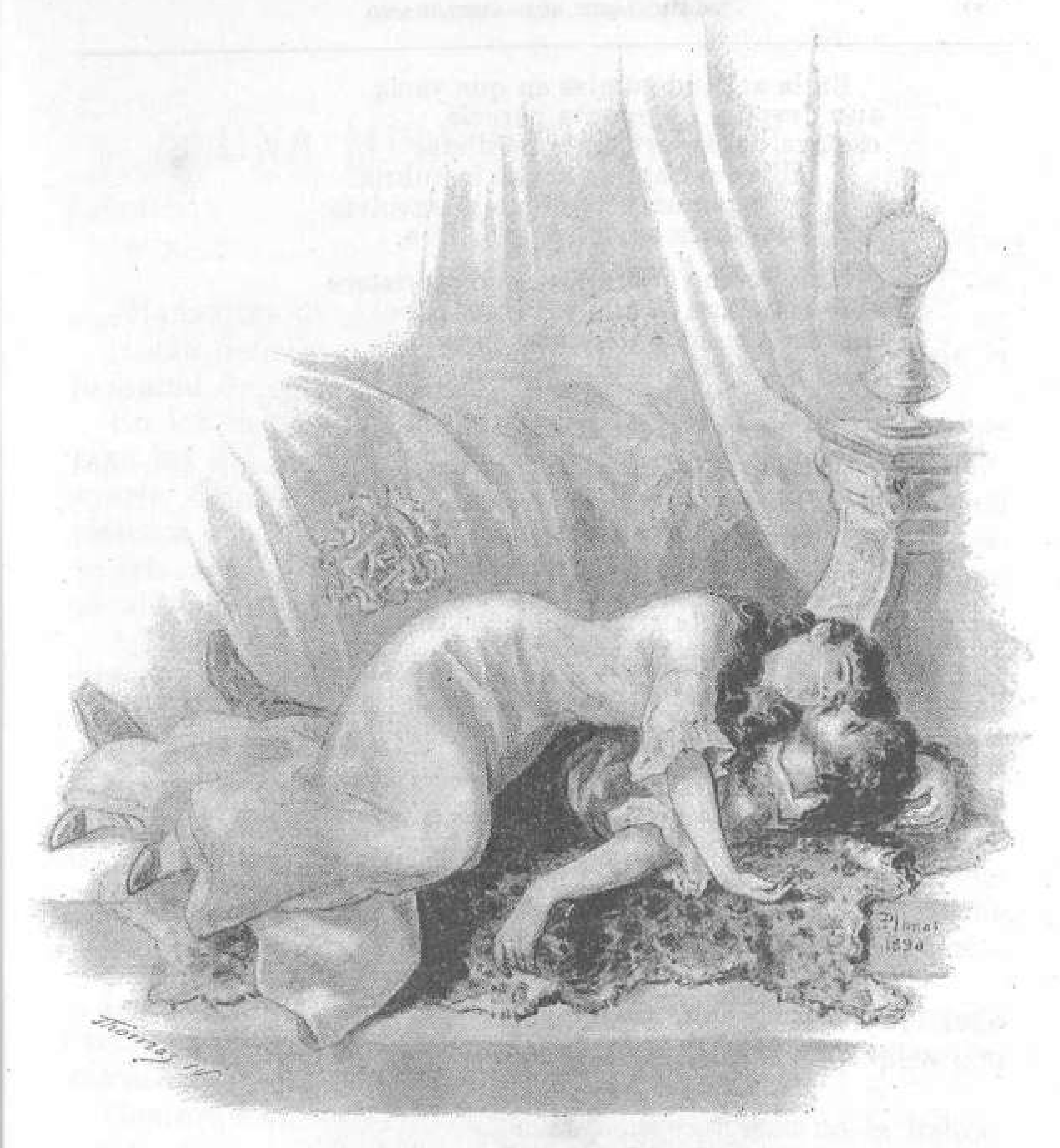
Y luego les contaba otra anécdota y desarrollaba en seguida, con lucidez y pasmosa erudición, la prueba de san Anselmo sobre la existencia de Dios.

ALBERTO I. GACHE.

Buenos Aires, 1890.

EPIGRAMA

—¿Dónde va usted tan ligero?
—Pues nada, voy á una cita...
—¿Cerca?
—No.
—Entonces ¿por qué
no toma usted el tranvía?
—Precisamente por eso:
porque llevo mucha prisa.



MORIR DE AMOR

Je meurs avec Rodolphe.

Como nido que el ave entretejiera
en mañana de dulce primavera
recién abandonada entre las flores,
el lecho de la noche postrimera
respiraba el perfume que le diera
la mujer de los últimos amores.

En el borde la frente derribada,
halláronla en el suelo arrodillada
junto al cuerpo del Príncipe tendido.
Con él había muerto, enamorada,
por los brazos queridos estrechada,
al labio del amante el labio unido.

En la actitud sumisa en que yacía
aun después de muerta parecía
esclava del amor que la perdiera.
Blanca bata de noche la cubría
y como un velo negro la envolvía
desatada su densa cabellera.

Murió como el armiño, que entristece
si le manchan la piel y desfallece,
si acaso no recobra su blancura.
El sacrificio augusto la enaltece
y la aclama en la muerte que le ofrece
novia y reina en su blanca sepultura.

Valía más que un trono su belleza,
la línea escultural de su cabeza
erguida sobre el torso de una diosa.
Al través de las ropas su esbelteza
dejaba ver la nívea gentileza
del corte griego de la estatua hermosa.

Es siempre pura la mujer que ama,
la palabra del Cristo lo proclama,
redimiendo á María Magdalena.
El amor purifica con su llama,
y si en santas convierte á las que inflama
es falsa la moral que las condena.

LEONEL DE ALENCAR.



UNA MISA DE AGUINALDO

(TRADICIÓN)

¡Mañanitas de Abril y Mayo!

¡Cuán deliciosas sois!—es la exclamación favorita de la juventud de ogaño.

En los tiempos de mi mocedad, las mañanas predilectas eran las del aguinaldo de Diciembre. Y con razón; porque, aparte de que en ese mes la temperatura de Lima es casi idéntica á la de Abril y Mayo, ni exceso de calor ni exceso de frío, las matinales misas de aguinaldo traían al espíritu un algo, y hasta un mucho, de poético.

A las siete de la mañana, cada parroquia era lugar de cita de cuanto Dios crió de bueno y sabroso, en punto á bello sexo limeño.

De mí sé decir que, en mi parroquia, era de los mozos más puntuales á la misa de aguinaldo, atraído por el imán de unos ojos negros, azules, verdes ó pardos, que en materia de ojos siempre fuí generalizador y nunca atiné á diferenciar de colores. Todos los ojos me gustaban en cara de buena moza y ¡qué demonche! todavía me gustan, que músico viejo nunca pierde el compás.

La misa de aguinaldo, en buen romance, no es del todo cantada ni del todo rezada. Las monjas la llaman misa con *discante*, que es como decir misa *adefesiera*.

Una orquesta criolla con cantores y cantoras de la hebra, hacía oir todos los aires populares en boga, como hoy lo están el trío de los Ratas ó la canción de la Menegilda en la *Gran Vía*.

Lo religioso ó sagrado no excluía á lo mundanal ó profano.

En las misas de aguinaldo de mi tiempo la jarana era completa. Había hasta baile. Un grupo de *pallas* bailaba el *maisillo*, cantando al Niño Dios versos como estos:

Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que ha nacido un niño
para nuestro bien.
Arre, borriquito,
vamos á Belén,
que mañana es fiesta
y el lunes también.

Al final de la misa tocaba la orquesta el himno patrio ó la marcha bélica de Uchumayo, ó un vals, ó rompía en una estrepitosa zamacueca ú otro bailecito de la laya.

¡Esas misas de aguinaldo sí que eran cosa rica, y no sosas como las de ahora! Ya no hay pitos, canarios, flautines, zampoñas, matracas, bandurrias, zambombas, canticio ni bailoteo, ni los muchachos rebuznan, ni cantan como gallo, ni mujen como buey, ni ladran como perro, ni nada, ni nada.



Las misas de aguinaldo de ahora son un desengaño; no son ni sombra de lo que fueron. Por eso, y para no entristecerme con recuerdos añejos, nunca voy á ellas.

De tiempos que ya están lejos
aún me cautiva el dibujo...
¡Ay, hijas! Cosas de lujo
hemos visto acá los viejos.

*
* *

El inter ó auxiliar del cura de mi parroquia era (¡Dios lo tenga en gloria!) todo lo que se entiende por un misa-cantano ó clérigo de misa y olla, gran parrandista, y que no

podía escuchar aires de zamacueca sin que el cuerpo le pidiese jarana y se le evaporara el seso.

A la moda estaba, por entonces, entre la gente alegre de mi tierra, una zamacueca llamada *el se vende*, nombre originado por el estribillo de la letra cantable. La primera vez que, junto con el *ita misa est*, hizo la orquesta oir *el se vende*, necesitó el clérigo de Dios y ayuda para dominarse y vencer la tentación.



Ya en la sacristía, hizo llamar al director de orquesta, y le dijo:

—Mira, compadre Sietecueros, te prohibo formalmente que vuelvas á tocar *el se vende*. Es música muy pecaminosa. Conque... no me comprometas.

Prometió el musiquín respetar la consigna; pero el público dió en echar de menos el airecito popular, excitando á los de la orquesta á insurreccionarse.

Era la última misa de aguinaldo de aquel año, cuando al volverse el oficiante hacia el concurso, para darle la bendición de despedida, comenzó la orquesta á tocar lo prohibido.

Los nervios se le sublevaron al inter, quien murmuró entre dientes:

—Ya le he dicho á ese canalla
que no me toque *el se vende*,
y por más que se lo he dicho
se hace el sordo y no me entiende...
¡Pues se vende! ¡Pues se vende!

Y con gran sorpresa de la parroquia, escobilló, delante del altar, un cachete redondo, repitiendo:

—¡Pues se vende! ¡Pues se vende!

Y... y...

¡Tilingo! ¡Tilingo!
mañana es domingo
de pipiripingo.

Callao, Marzo de 1890.

RICARDO PALMA.

LA POESÍA

I

Rayo de blanca luz que el éter prende,
nube que el almo sol recama de oro,
faro distante que en la noche esplende,
arca que encierra celestial tesoro;
palma que airosa su penacho extiende,
voz descendida del empíreo coro,
á la orilla del mar nítida espuma,
gasa en el iris y en las aves pluma.

II

Ritmo fugaz de regalada lira,
blando aliento de tímida querella,
música blanda que de amor suspira,
beso que el alma pura da á la estrella;
de la noche en lo azul, astro que mira,
de la nave en el mar, límpida huella,
preludio en el laúd, queja en el río,
llanto en los ojos y en la flor rocío.

III

Filtro que apura el genio y no lo embriaga,
mundo que llena el alma y no la abate,
llama que azota el cierzo y no la apaga,
corazón que aunque herido siempre late;
dulce memoria del Edén que aún vaga
de nuestra vida en el mortal combate,
ala de fuego que al Olimpo guía:
tal es, hija de Dios, la Poesía.

FELIPE TEJERA



LA SAL DE ANDALUCÍA

Á MI QUERIDO AMIGO DE LA INFANCIA, EL REPUTADO PINTOR ESPAÑOL

JOSÉ LLOVERA

Es Lola una sevillana
de talle esbelto y sutil,
rostro de árabe perfil
y labios color de grana.
Del lujo el fugaz destello

ni la ciega ni seduce,
pues por todo adorno, luce
una flor en el cabello.
Mas con tal gracia la lleva
prendida en su trenza oscura,
que á vencerla en donosura
no hay hermosa que se atreva.
Ayer la ví en el balcón,
y exclamé: —¡Viva el salero!
para un amante sincero,
¿no hay sitio en su corazón?
—No se habla así á una casada,
dijo, que ama á su marido...
sin duda usted ha creído
que, más que *esposa*, es *posada*.
—No será el tal muy constante,
repliqué, sonriendo, á Lola,
cuando así la deja sola...
¿quién al ver ese semblante,
vivir, como yo, no ansía
pendiente de la mirada
de la mujer más salada
de toda la Andalucía?
—¿Qué hombre á su mujer se inmola
hasta ese extremo, rendido?
¡si fuese usted mi marido!...
—¡No estaría usted tan sola!
¡Y que á dudarlo se atreva,
aun viendo mi loco anhelo!
¿quiere usted, cara de cielo,
hacer hoy mismo la prueba?
Toda usted es pura sal
y dejar abandonada
á una mujer tan salada...
¡vamos! me parece mal.
¡Si su esposo la quisiera!...
—¿Quién lo duda? ¡con exceso!
¿y ha de estar siempre por eso
en mis brazos... *en salmuera*?
No temo el menor engaño,
pues sé que Paco me adora.
—¿Y dónde se encuentra ahora
el majadero?
—En el baño.
Del calor con ansia impía
suele huir, hecho una brasa,
y el infeliz se lo pasa
en remojo todo el día.
—Pues como sienta usté antojos,
fácil le ha de ser pescarle...
¡no tiene usted más que echarle
el anzuelo de sus ojos!
¿Quién no ciega al ver su luz,

si fascina y enamora!
pero diga usted, señora,
¿su marido es andaluz?
—Andaluz es mi marido...
¿le extraña á usté?
—¿Y tiene el tal
tan repoquísima sal?
no lo creo... ¡lo habrá sido!
—Sin duda usted ha olvidado
que el agua su dicha fragua...
¡como siempre está en el agua,
el pobre se ha *desalado!*

CASIMIRO PRIETO.



TEMPO PASSATO

De todos cuantos bienes poseía
y formaron un tiempo mi tesoro,
ni fe, ni gloria, ni esperanza lloro;
mas, ¿por qué me dejastes, alegría?

Huyó, cual tú, mujer, en aquel día,
cuyos recuerdos, insensato, adoro,
y hasta la tierra que os oculta ignoro,
y es mayor cada vez el ansia mía.

Premio fuera su ausencia y no castigo,
si al partir en el punto que partïste
lograra hallar en tí seguro abrigo.

Pero ¡ay! consuelo á nuestro mal no existe,
mi alegría se fué, mas no contigo...
te sueño, siempre amante y siempre triste.

1890.

MANUEL DEL PALACIO.



TRAGEDIAS DEL AMOR

LAS DOS CONFESIONES

> Sólo hay una ley perfecta y un tribunal verdaderamente incorruptible: — la conciencia. Encarnación de Dios, tiene que encontrar tarde ó temprano, la sanción penal de sus actos en ese mismo origen divino.
>
> SAMUEL SMILES.

Aquello fué un idilio. Laura cayó en sus brazos desfallecida de amor y de ventura, y los rubios rizos de su frente, flotando como una caricia de oro, rozaron las mejillas de Angel, mientras dejaba caer la cabeza con abandono sobre el hombro de su esposo. En aquel instante, solos, uno en brazos del otro, parecían reproducir con un tinte de exquisita dulzura el cuadro de un celebrado pintor francés: *En fin seuls!*... Un inmenso suspiro partió del pecho de Angel:

—¡Mía, por siempre mía!...

—¡Tuya, por siempre tuya!...

Y dos besos de fuego, dos besos de pasión contenida por largo tiempo, resonaron en aquel perfumado ambiente, en la expansión infinita de dos corazones castamente enamorados, confundidos en el éxtasis de una dicha suprema...

Se amaban tiernamente de mucho tiempo atrás. Ricos ambos, llenos de vida y de juventud, hermosos, felices, celebraron sus esponsales en medio de la mayor alegría, sin que nada turbara la felicidad que habían venido preparándose, con el cariño con que los pájaros amantes se preparan el nido de su amor.

Habían alcanzado á su mayor aspiración; al colmo de sus deseos. Pasaron breves días, pero después, como el amor verdadero es egoísta, fueron á ocultarlo en la pequeña casa que tenían sobre los bordes del Paraná, en la cumbre de las barrancas, con el río á los pies, el cielo sobre la cabeza y la extensión infinita de nuestras monótonas planicies ante los ojos.

Allí nadie turbaría sus amores:—encerrados en aquella casita, como las aves en sus jaulas de oro, verían correr el manso río con sus murmullos misteriosos; oirían esos ruidos encontrados y salvajemente hermosos que se escuchan en las llanuras dilatadas y en los bosques espesos, y verían por la tarde caer el sol, como un gigante vencido por la ciclópea maza de un titán, en las profundidades inmensas del horizonte.

*
* *

Pasaron así seis meses, en medio de aquella soledad, alegrada sólo por ellos, que, siempre felices, jamás se apartaban el uno del otro, como no se apartan los niños de un mismo hogar. Algunas veces Laura, un poco más inquieta que su esposo, le recordaba sus deberes sociales en Buenos Aires, le citaba sus relaciones, sus compromisos, pero cuando Angel le decía:—¿Te hastías aquí?... Ella le contestaba inmediatamente, arrojándose á su cuello:

—¡A tu lado no me hastío nunca!

Y aquellas pequeñas exigencias terminaban con un amoroso beso que sellaba los labios de ambos y les hacía contemplarse hondamente, mirándose en el fondo de los ojos en un éxtasis infinito, como si quisieran medir en esa mirada toda la intensidad de su pasión casta y serena.

Llegó por fin el invierno, y aquellos lugares desabrigados

de las costas del Paraná, les obligaron á regresar á Buenos Aires, del que habían partido despreciando á la sociedad, que quería turbarles los momentos preciosos de aquellos amores ardientes.

Los teatros abrieron sus puertas y las familias distinguidas sus salones, y Laura y Angel fueron codiciados y disputados por todos.

A pesar de que ellos se prodigaban bastante á sus amistades verdaderas, siempre tenían tiempo suficiente para entregarse al culto del afecto que mutuamente se profesaban.

Y la vida de aquellos dos seres felices se deslizaba tranquilamente, como las aguas del arroyo cristalino y puro, que no halla á su paso cieno que le oponga una barrera y enturbie la transparente nitidez de sus cristales.

*
* *

Pero nada es eterno en la tierra, y un día había de llegar en que aquellos amores ardientes empezaran á entibiarse.

La sociedad tuvo la culpa de ello.

Laura comenzó á frecuentar más á sus amigas; Angel, poco á poco, fué entregándose á sus negocios, y si bien seguían amándose tiernamente, era aquel un amor más sereno, más reposado, menos ardiente y bullicioso, aunque siempre sincero y lleno de gentiles halagos.

Después de un año de casados se estableció entre ellos esa vida un si es no es indiferente, que fluctúa entre el cariño de esposo y la intimidad de los amigos acostumbrados á verse á menudo; esa vida llena de respetos y de consideraciones recíprocas, pero que no es el reflejo de una pasión vehemente y arrebatadora.

Algunos meses después, á pretexto de tener que atender sus negocios, Angel se retiró á su estancia, donde pasó largo tiempo, escribiendo raras veces á su esposa, con cierta indolencia que se leía á través de las líneas de sus cartas, á las cuales contestaba Laura en el mismo tono y con la misma *noncuranza* con que aquél le escribía...

Aquel cariño de fuego se había entibiado y amenazaba llegar al hielo de la más completa indiferencia. El amor que parecía haber nacido para ser eterno, se apagaba lentamente, lentamente, como se apaga la lámpara en el altar sagrado, sin que ningún soplo de nuevo cariño viniera á avivarlo...

Angel estuvo en la estancia durante seis meses, y Laura, entregándose por completo al brillo de la sociedad, al teatro, al paseo, al baile, á las fiestas de la caridad y del lujo, sintió la influencia de una vida nueva y se arrojó en ella con los brazos abiertos denodadamente, sin más preocupaciones que sus propios triunfos.

Así, ambos se olvidaron recíprocamente, sin intentar volver sobre sus pasos, sin querer hacer renacer aquel antiguo amor que había sido fuente de infinitos goces.

*
* *

Un día regresó Angel de su estancia y aquel hogar sin brillo y sin luz, continuó manteniendo su aspecto pálido y descolorido. Se vieron y se hablaron ceremoniosamente, como dos conocidos que se deben respetos mutuos, consideraciones sociales ineludibles, pero nada más. Dos años de contacto habían bastado para apagar del todo aquella inmensa hoguera que ardió un día en sus corazones.

Un día Laura se sintió enferma y tuvo que guardar cama. Angel, cumpliendo con sus deberes, la rodeó de los más solícitos cuidados, y puso á la cabecera de su cama un médico de los más afamados, íntimo amigo suyo; más que amigo, hermano.

La enfermedad se fué agravando poco á poco.

Aquel cuerpo lleno de vida y de salud, brillo y elegancia de los salones argentinos, se iba debilitando insensiblemente, como el árbol que se seca por falta de savia, como la flor que se marchita por falta de riego.

Llegó un momento en que todos pensaron que Laura se moría. Angel, desesperado, quiso que los consuelos de la religión vinieran á calmar los últimos momentos de su esposa, y el sacerdote sustituyó al médico en la cabecera de la cama.

Laura se sentía morir; veía que le quedaban pocas horas, que la tumba se abría para ella inevitablemente, con su boca negra y horrible, y quiso tener á su lado al esposo de su amor en aquel supremo momento. Angel acudió solícito.

—Antes de morir, dijo Laura con voz desfallecida; antes de apartarme de tí para siempre, quiero que me oigas; quiero que escuches una confesión terrible...

—¿Qué tienes que decirme, Laura mía?...

—Tengo que revelarte un horrible secreto, tremendo y

grande como mi arrepentimiento; pero antes quiero que me jures que me perdonas...

—¡Oh! ¡Te perdono!...

—¡Júramelo ante este Cristo, y, por la salvación de tu alma!... ¡júramelo!...

—¡Te lo juro!...

—¡Oh! repíteme que me perdonás; que no me aborrecerás después de muerta, que no me acompañará tu maldición á la tumba...

—¡Te lo juro, Laura mía, te lo juro!...

—Pues bien, durante tu ausencia... ¡perdóname!... ¡te he faltado!... ¡he sido...!

—¡Oh! ¡calla!... ¡te perdono!... Ya que la muerte viene á cortar el hilo de tu existencia, te perdono, porque no supiste comprenderme.

—¡Gracias, Angel, gracias!... ¡Ahora puedo morir feliz y contenta!...

—Pero tú también tienes que perdonarme una falta que he cometido contigo...

—¿Una falta?

—Júrame que no me odiarás más allá de la tumba y que me perdonarás... como yo te perdono.

—¡Te lo juro!...

—Pues bien, sabiendo que me eras infiel, que habías arrastrado mi nombre por el lodo... ¡perdóname, Laura, perdóname!... ¡te he envenenado!...

. . . .

PABLO DELLA COSTA.





JUVENILLIA

SONETO

En el paterno hogar, ¡cuánta tristeza!
La muerte al débil y al coloso inclina,
y junco frágil, ó soberbia encina,
doblan ante su paso la cabeza.

Es la eterna, inmortal naturaleza,
oscura metamórfosis divina;
crecen flores gallardas en la mina
y donde todo acaba, todo empieza!

Horas felices de la dulce infancia,
¿venís de nuevo á refrescar mi frente
con ondas de purísima fragancia?

¡Ay! ¡no!... ¡te alejas, juventud ardiente,
cual se disipa, en la brumal distancia,
áureo celaje en el sutil ambiente!

LEOPOLDO DÍAZ.

Buenos Aires, 1890.

LŒTITIA

¡Alegría! ¡alegría! El sol, rey rubio,
cruza el azul con su diadema de oro.
Van en el aire el ritmo y el efluvio;
canta el bosque sonoro.

*
* *

¡Alegría! La alondra sube al cielo,
y las almas también: todo se alegra!
Brota la flor su seda y terciopelo
sobre la tierra negra.

*
* *

¡Alegría! Sus arpas pulsa el viento.
Dice un ave en un árbol:—¡Soy dichosa!—
Y, rojos, dejan escapar su aliento
los labios de la rosa.

*
* *

¡Alegría! La sangre se acelera;
la savia corre por el tronco henchido,
y saluda á la Reina Primavera
la música del nido.

*
* *

¡Alegría! Los pájaros cantores
sobre el fresco rosal lanzan el trino,
y arrulla en los eglógicos verdores
el buche columbino.

*
* *

¡Alegría! ¡alegría! Un soplo yerra
que las almas levanta con su ardor,
y se enciende la vida de la tierra
con la llama invisible del amor.

RUBÉN DARÍO.

CANTAR

De notas y alas vibrantes
poblada está la arboleda,
es que entre las verdes hojas
un ruiseñor canta y vuela.
También en mi corazón
alas y notas resuenan:
es que dentro de mi pecho
un ruiseñor aletea.

MANUEL REINA.

LEYENDA CABALLERESCA

CUENTO VIVO POR

APELES MESTRES



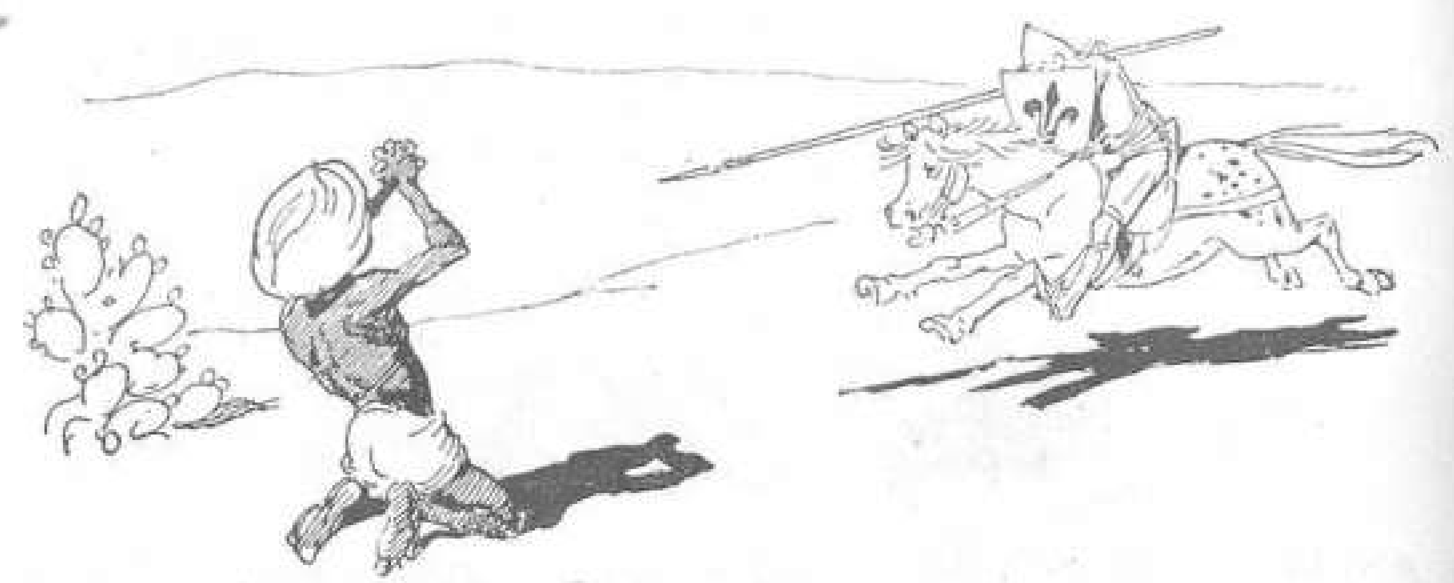
«Si tanto deseáis alcanzar mi mano—le dice la hermosa Castellana al caballero de la Flor de lis—traedme prisionero un Rey moro.»



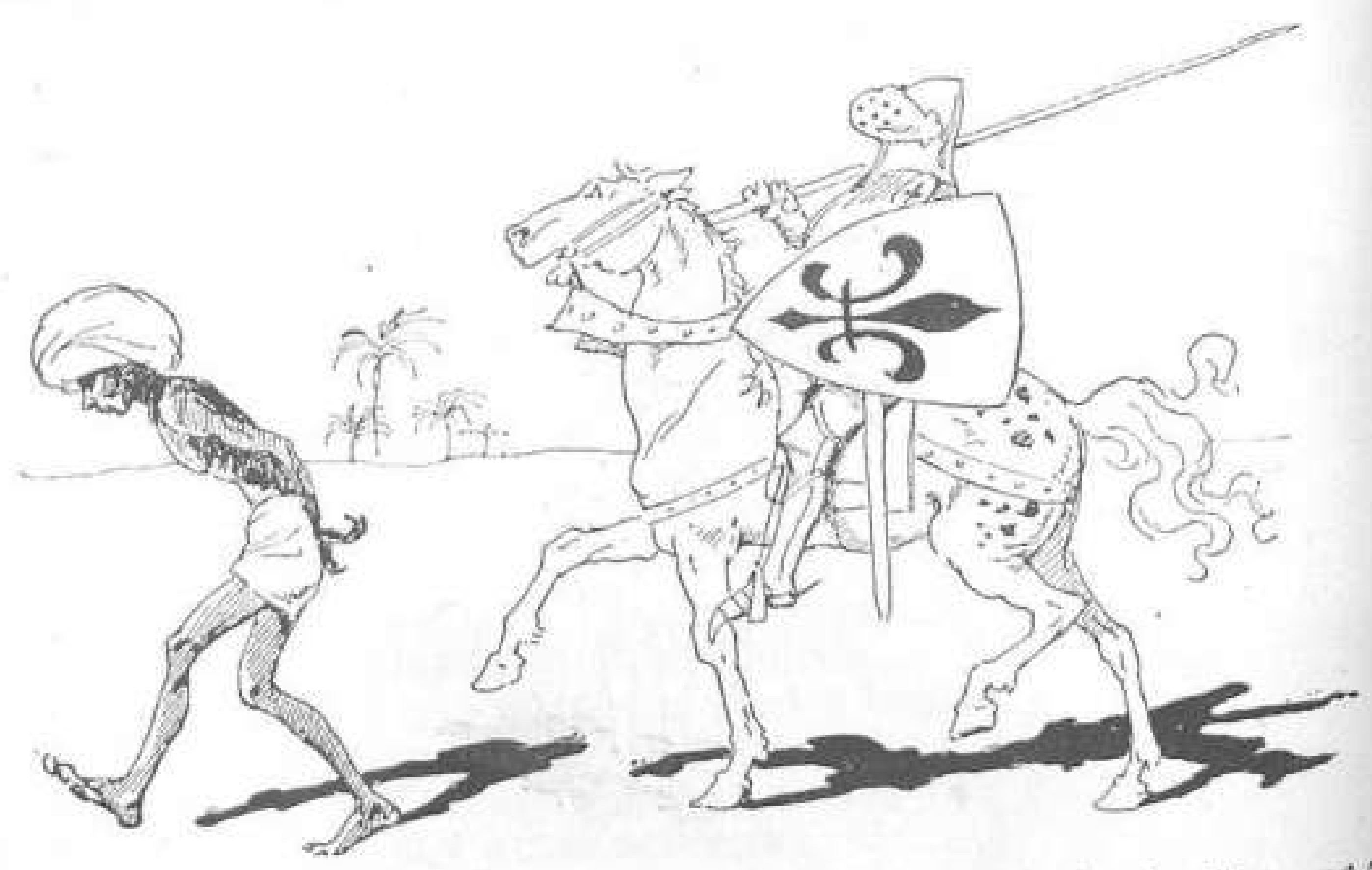
Y el caballero de la Flor de lis ensilla inmediatamente su brioso corcel y parte al Africa en busca del Rey moro que debe de traer prisionero.



Y al depararle la suerte un negrito tumbado al sol, se dice para su coleto: «Este será el Rey de marras.»



Y le embiste denodadamente gritándole: «¡Ríndete, malandrín!»



Y como, naturalmente, el malandrín se rinde á discreción, vuelve grupas con aire triunfal y se encamina nuevamente al castillo de su adorada.



Pero héte aquí que, de repente, una fuerza misteriosa ¡zás! lo arranca de la silla...



Es que pasan junto á unas rocas de imán que atrayendo sus aceradas armas lo retiene cautivo por los siglos de los siglos. AMÉN.

LA SAL DEL DIABLO

DOLORA

I

Al salir del Edén los dos impíos,
el diablo los miró,
y diciendo gozoso: —Ya son míos,—
con desprecio escupió.

La saliva del diablo fué un fermento
que vino á dar el ser
á la muerte, á la ira, al sentimiento,
al dolor y al placer.

Queriéndolos librar de ese amor ciego
que aviva la traición,
que pone, ardiendo, á las ideas fuego,
y abrasa el corazón,

Vino un ángel de Adán á la presencia
y le dijo: —Quizás
Dios os vuelva al jardín de la inocencia...—
Y Eva exclamó: —¡Jamás!

La virtud es luchar. Con los placeres
que matan de dolor,
sentiré de las cosas y los seres
el tormentoso amor.

La virtud es luchar; y ya desdeño
el no sentido bien
que no saca del límite del sueño
al alma en el Edén.

Sufriendo, probarán nuestros amores
del pecado la sal,
y el gran placer que vive de dolores,
y el bien que vence al mal.

Lleva mejor el sufrimiento al cielo,
que la paz del Edén.
El dolor es más santo que el consuelo
y más nuestro también.

¡A sufrir! ¡á luchar! ¡á la victoria!
¡Todo gran corazón,
con la sal del dolor, que sabe á gloria,
gana la salvación!—

II

Ve el ángel de deseos saturados
el humano sentir;
compadece á Adán y Eva, y, humillado,
vuelve al cielo á subir.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Madrid, 1889.

IDILIO



—Siempre de tu amor en pos
me verás...
—¡Oh amado Alberto!
—Y el día que quiera Dios
que muera uno de los dos...
me iré á vivir á un desierto.

EPIGRAMA

Anoche, el literato don Severo,
en círculo muy docto y muy parlero,
gritó gesticulando, abierto en cruz:
—¡De toda discusión nace la luz!—
Y apagó de un codazo el reverbero.

CARLOS G. AMÉZAGA.

LA CUEVA DE DOÑA BLANCA

I

A media legua de la moruna ciudad de Ciurana, y á mano derecha de su pedregoso y empinado camino, se descubre una cueva tan negra como honda, que parece la boca de un imponente monstruo ansioso de devorar cuanto se le presente delante.

Aquella cueva es conocida por la de doña Blanca; y desde la villa de Prades á la Cartuja de Scala-Dei, goza de justa celebridad, pues ella fué el epílogo y fin de unos románticos y desgraciados amores, que llenaron, en otros días, de horror á toda aquella accidentada comarca.

Prestadme atención y os contaré su historia.

II

Estábamos en plena Edad Media. El conde de Prades, señor de horca y cuchillo, amigo de la guerra y de la caza, vivía encerrado en su castillo, situado en lo más alto de los altivos montes de sus vastas posesiones, y viendo pasar la vida sin penas ni cuidados, acariciando la copa y el lebrel.

Encerrado en aquella fortaleza, con su correspondiente puente levadizo, con sus grandiosos fosos, con sus inexpugnables muros, con su grandioso patio de armas, con su torre de homenaje, con sus altas almenas, con sus torreones con ladroneras que servían de cárcel, y con su negra horca como una eterna amenaza, creíase superior á todos los condes de Cataluña, igual á los reyes de Aragón y con más títulos de nobleza que todas las dignidades de la tierra.

Si en sus armas no ostentaba aquel célebre mote:

«Después de Dios
la casa de Quirós,»

en cambio exclamaba muy á menudo, mostrando con orgullo su castillo:

—Al mirar mi torreón
tiembla el reino de Aragón.

Y andaba en guerra con otros señores feudales tan soberbios como él, siendo su nombre pronunciado con terror desde el Segre al Ebro y desde Salou á Mequinenza.

III

El conde era viudo. Su esposa doña Berenguela murió al dar á luz una hermosa niña, que hubiera sido su orgullo y su gloria, como fué la admiración y el encanto de todos los pecheros y hombres de armas del castillo.

Era Blanca una muchacha diez y ochena, esbelta y muy graciosa en el andar. Tenía los ojos azules como los godos, pero vivos y brillantes; era débil como un lirio silvestre, buena como el pan que se llevaba á los labios, caritativa como una santa, dotada de un corazón de oro, y por ser fiel á su nombre, era blanca como la nieve que durante los borrascosos días de invierno se extiende como una inmensa mortaja en aquellos elevados y enmarañados bosques, los más fríos y poblados de seculares pinos de toda la provincia de Tarragona.

La ilustre doncella, encerrada en su castillo y bajo la vigilancia de una astuta dueña, con más años que un palmar y con más conchas que un peregrino, veía deslizar su monótona existencia, sin ilusiones y sin encantos, y pasando horas enteras bordando, ó leyendo su libro de horas, sentada junto á la gótica y artística ventana, ó paseándose como un fantasma por la vigilante torre y siguiendo el curso de las aves de rapiña, que parecían remontarse hasta las nubes, ó aguardando la vuelta de algún caballero que narrase sus hazañas contra los moros en los campos de Castilla, ó la llegada de algún penitente peregrino, de paso para Santiago de Compostela ó para las caprichosas montañas de Montserrat.

IV

Una tarde de otoño, cerca de la puesta del sol, llegó delante de los muros del castillo, un joven bello, pálido, con los zapatos destrozados, la capa hecha jirones, cubierto de polvo, con el birrete sin pluma, y el laúd en la espalda.

Era un niño, un pobre trovador de la Provenza, un émulo de Hugo de Mataplana, fugitivo de Poitiers, que gemía bajo el yugo del Papa y del rey de Francia; errante por el mundo, sin patria ni hogar, cantando como los juglares de castillo en castillo, de ciudad en ciudad los amores de la bella y apasionada Leonor de Aquitania; ensalzando las gracias y el ingenio de María de Ventordon; llorando

la pérdida de las santas libertades de su tierra y la desdichada hecatombe de la sangrienta batalla de Moret.

El humilde trovador cantó tristemente al compás de su laúd:

Gran señor de este castillo,
si tenéis buen corazón,
escuchad los tristes cantos
de un errante trovador.
¡Sólo y sin patria
por el mundo voy;
franqueadme el puente
por amor de Dios!

El conde, aunque no gustaba de músicos y trovas, compadecióse de aquel doncel, le nombró su paje y su copero, y el desheredado proscrito, cambiando de traje, condición y nombre, vió el cielo de su dicha abierto de par en par y se creyó el más feliz de los mortales. Tenía un lecho en que reposar de las fatigas del día, un pedazo de pan que llevarse á los labios, fuego en el invierno y grata sombra durante los calurosos días de verano. Ya no era un pájaro sin nido, cantando de rama en rama y buscando un sitio en donde guarecerse cuando venía la noche ó la tempestad.

V

Vino el invierno. Blanca, hilando el dorado copo, sentada al lado de su dueña, apoyando los pies en los humeantes tizones de la ancha chimenea, en la que silbaba el viento, hablando de los muertos, de los ausentes y de los proscritos, escuchaba embelesada las amantes trovas del elegante paje, que la llamaba en sus inspirados serventesios, la misteriosa musa de sus vigilias y la dama de sus sueños de poeta, envolviéndola con miradas de irresistible pasión.

Aquellas apacibles veladas de invierno, deslizadas tranquilamente al amor de la lumbre, cuando el conde se ausentaba del castillo, fueron las primeras y bellas páginas de un tierno y candoroso idilio que había de convertirse en un sangriento drama.

Cuando la primavera extendió su verde manto, Blanca, cada día más bella y más risueña, y el apasionado paje, se veían y se hablaban todas las tardes al desmayar el día en una oculta fuente del bosque, á la que conducía una tortuosa senda, sombreada por pomposos pinos y castaños, que enlazando sus ramas unas con otras formaban una bella y poética bóveda, que parecía el camino del cielo ó del amor.

Allí, solos, bellos, libres y olvidados en medio de la gran Naturaleza, lejos de los hombres, pero cerca de Dios, protector de los amantes, y escuchando el canto de las aves se juraban amor eterno, probando el labio los apasionados besos que se escapaban del corazón.

Pero todo tiene fin en este mundo. Un viejo halconero, fisgón, envidioso, de alma pequeña y de pensamientos bastardos y ruines, supo por uno de los pastores del conde las misteriosas entrevistas de los dos amantes, y se apresuró á ponerlo en conocimiento del conde una tarde que éste, acompañado de sus hombres de armas, regresaba, victorioso de una pelea, sostenida con el señor del castillo de Milmanda, su irreconciliable enemigo por haberse captado las simpatías de los monjes del Real Monasterio de Poblet.

El conde, lanzando rayos por los ojos, gritó con ira:

—¡Miserable! ¿Tú lo has visto?

—Con estos ojos, señor, que siempre están en acecho velando por la honra de esta casa, contestó el halconero.

Aquella misma noche el conde hizo conducir al desheredado paje á su presencia y con destempladas voces echóle en cara su conducta. El pobre mancebo, temblando como un niño, juró y perjuró que nunca había puesto los ojos en la candorosa Blanca, pues la admiraba como la santa *Madonna* que se veneraba en la capilla.

El conde, no dando crédito á sus protestas, le contestó con más energía y con airado semblante:

—¡Ay de tí, si resultan falsas tus palabras!

VI

Desde aquella velada, cambió por completo la pacífica vida de los dos amantes. Blanca y su dueña fueron encerradas en una apartada cámara, y el padre ató á la puerta un enorme mastín que ladraba como un condenado al menor ruido que oía en el largo corredor, poniendo en movimiento á toda la servidumbre del castillo; pero los dos amantes, á pesar de las amenazas, del encierro, de los centinelas de vista y de los ladridos del perro, se vieron y se hablaron todas las noches, prolongándose sus entrevistas hasta la hora del alba.

¿Cómo pudieron burlar la vigilancia del conde? Zorrilla lo ha dicho en sus *Almas enamoradas:*

Cuando dos se quieren bien
sólo Dios puede meterse,
pues si se empeñan en verse
saltan por todo y se ven.

VII

Habían transcurrido algunos meses. Una mañana el altanero padre entró en la cámara en que estaba encerrada su hija, y vió con sorpresa que la enamorada joven había perdido los colores, que las delicadas líneas de su cuerpo no presentaban sus graciosos contornos, poniendo de manifiesto de un modo elocuente y positivo que una nueva vida se agitaba dentro de aquel hermoso ser.

Una nube de sangre pasó por delante de los ojos del conde, y las palabras más soeces y repugnantes salieron á borbotones de sus labios, cayendo, al escucharlas la desventurada castellana, sin sentido.

El airado padre abandonó la cámara.

Fué en busca del paje, y después de cruzarle la cara con su diestra, de despojarle de su traje, mandó que lo ahorcasen en lo más alto de la torre del homenaje, en tanto que la dueña, después de ser molida á palos, en medio de la plaza de armas, fué asada viva en unas parrillas como otro san Lorenzo, pereciendo la infeliz en medio de los más horribles dolores.

Pero no terminó aquí la crueldad del conde, pues colgó el laúd y el birrete del trovador junto con la cuerda en que fué ahorcado delante de la cama de su hija, para que la desventurada tuviera presente á todas horas el triste fin de su apasionado amante.

VIII

Era una noche horrible y tempestuosa, el rayo iluminaba la tierra y bramaba con furia el huracán, arrancando de cuajo las robustas encinas que rodeaban el castillo. Blanca, en medio de aquella desencadenada tormenta, dió á luz un hermoso niño, que era su vivo retrato, y que pasó del claustro materno á las manos del rencoroso conde, quien lo arrojó desde la ojiva al foso, exclamando:

—¡Carne de lobo... á los lobos!

¡Pobre Blanca! Luchando entre la vida y la muerte pedía al buen Dios que la sacase de ese valle de lágrimas y horrores y le concediera el cielo en donde la aguar-

daban su inocente hijo y su inolvidable amante, que no había cometido otro delito que amarla con todo su corazón.

Cuando la infeliz pudo abandonar el lecho, escuchó de labios de su padre que los dos no cabían en un mismo techo y que á la mañana siguiente, al sonreir el día, sería trasladada á una cueva de su propiedad, situada delante del peñón de Ciurana, y que dentro de ella se consagrase al trabajo y á los ejercicios espirituales, pidiendo al cielo el perdón de sus culpas, pues él moriría sin otorgárselo.

La desventurada castellana fué arrojada de la casa paterna como si fuera un miserable leproso, no teniendo otro techo ni otro hogar que una horrible cueva, ni otro amparo que el de un payés de Ciurana, que le proporcionaba la comida y la acompañaba los domingos á misa, relevándole por ello el conde del censo que hacía la finca en que estaba situada la mencionada cueva, gozando aún de tal beneficio sus descendientes en la actualidad.

IX

Allí, sola, olvidada, aquella bella y débil criatura, que no había hecho mal á nadie, se consagró al trabajo y á la oración, y como Dios, á más de concederle un corazón de oro, como hemos dicho, le otorgó unas manos de plata, bordó unos magníficos ornamentos sagrados que destinó á la renombrada ermita de Santa Magdalena, protectora de las almas enamoradas, que se venera en la vecina cordillera del Monte-Santo, y que con otros bordados debidos á la aguja de otras hijas de los sucesivos condes de Prades, que pasaban en aquel sitio los rigurosos días de verano, constituyen aún una de las principales joyas de aquel elevado y concurrido santuario.

X

Un año y medio vivió en aquella inmunda cueva aquella desventurada criatura que tanto amó y lloró sobre la tierra, muriendo completamente desfigurada por la ictericia y sobre un montón de paja, siendo enterrada en la fosa común del cementerio de Ciurana, sin que una cruz ni una lápida indicara el sitio en que dormía el sueño del olvido aquella bella como ilustre hija de los condes de Prades, que tanto en vida como en muerte fué tratada por un mal entendido y despótico orgullo, propio de la época, como el más abominable criminal.—F. Gras y Elías.

LOS AMORES DE RAÚL

AL POPULAR POETA Y DISTINGUIDO DIPLOMÁTICO CHILENO

DON GUILLERMO MATTA



I

LAS FEAS HERMOSAS

De la millonaria Rosa,
Raúl, que se pasa de listo,
me dijo hace tiempo:—¿Has visto
una fea... más hermosa?
—¡Qué ha de ser fea esa chica!
¡al contrario! ¡es una perla!—
contesté á Raúl,—si al verla
no hay quien no exclame:—¡Qué *rica!*
—Algo prodigó sus dones
en ella madre Natura...
¡tiene un pie! ¡y una cintura!

¡y un perfil!...
—¡Y unos millones!
—¡Como quisiese mi estrella
que, colmando el bien que ansío,
se rindiera á mi albedrío!...
—¿Te casarías con ella
si su pecho enamorado,
cediese á tus ansias locas?
—¡De contado!
—Te equivocas:
querrás decir... *al contado.*
—Sencillo y puro es mi afecto
por demás, y no comprendes
que con tus burlas me ofendes.
—¿Tanto la amas?
—En efecto.
—¿*En efecto*?
—¡Si no vivo
temiendo el menor desdén!
—No eres franco; dí más bien
que la amas... *en efectivo.*
—Ella es mi prenda adorada
y hacer ya mi dicha pudo.
—Pues también eso lo dudo;
será tu prenda... *dorada.*
—El amor que yo atesoro
no es de este siglo, en rigor.
—Verdad: tan sencillo amor
es digno... del *siglo de oro.*
Pues si por ella te enciendes
en pasión tan insensata,
procura que te hable *en plata*...
que es el lenguaje que entiendes.
—A decirla que la adoro
no me atrevo, desconfiado.
—Me explico que estés callado...
¡como que *el silencio es oro!*
—¿Y si al afán que me inflama
corresponde con desvío
y me niega el bien que ansío,
fría é insensible á la llama
que enciende los corazones?
Ante este cruel pensamiento
no sé, en mi alma, lo que siento...
—¡Qué has de *sentir!* .. ¡los millones!
De una fea á nadie abruma
el temor de tal desaire.
—De la gracia y del donaire
¿no es Rosa compendio?...
—¡Y *suma!*
Mas dime, ¿y Esther?
—Cansado,
la dí, por fin, al olvido;

también á Lina he querido
y como á Esther la he olvidado.
—¡Comprendo! ¿quién no adivina
el por qué no vas ya en pos
de las dos? ¡como las dos
no hacen más que una *ester-lina!*
—Por Rosa estoy medio loco.
—¡Pues á ella! ¿acaso eres manco?
Pero no quieres ser franco...
¡verdad que un *franco* es tan poco!
En vano á ello te conjuro...
¿cómo *franco* hoy has de ser,
si con Lina y con Esther
fuiste más, pues fuiste *duro*?
—De tal modo en mí te ensañas
que estoy ya desesperado;
me juzgas interesado
y á fe mía que te engañas.
Ceda, al fin, Rosa y verás
cuán fiel soy y cuán sincero...
¿qué me importa á mí el dinero
si la chica vale más?
—Vale un Perú, no lo ignoro.
—Virtudes tiene y no escasas.
—¿Quién duda, si al fin te casas,
que te llevas... *un tesoro*?
¡Nada, hombre, á ver si te avispas
y logras el bien soñado!
. . . .
Raúl me miró sulfurado...
y se alejó echando chispas.

II

A TRAVÉS DE LA REJA

Como era Raúl muy buen mozo
y Rosa, mujer... y fea,
cuando aquél, fijo en su idea,
la habló de amor sin rebozo
y de cura y vicaría,
no hallando pero ni tacha
en el galán, la muchacha
pensó morir de alegría.
Y al fin, blanda ya á la queja
que exhalara con anhelo,
bajo el estrellado cielo
y junto á la muda reja,
nuestro moderno don Juan,
le juró pasión sin tasa,
con el rostro hecho una brasa
y el corazón un volcán.

Raúl de la reja á través,
un beso á la niña dió



y un mes después se casó...
con dos millones ó tres.

III

DESESPERACIÓN DE RAÚL

Pasó el tiempo y llegó un día
en que, del cambio asombrado,
ví á Raúl tan pobre y tronado,
que ni sombra parecía
de aquel joven elegante
que en toda empresa amorosa
no halló mujer desdeñosa
ni corazón inconstante.
Iba por la calle, ciego
y accionando como un loco;
seguí tras de él; entró, á poco,
en una casa de juego.
Sintiendo su desventura,
le esperé; por fin salió;
le detuve y me miró

con expresión de amargura.
—Pareces desesperado,—
le dije, al notar su duelo.
—¡Para mí ya no hay consuelo!—
me contestó—¡he enviudado!
—¡Nunca hubo dicha completa
en esta vida engañosa!
¿conque has perdido tu esposa?
—Perdí... ¡mi última peseta!

Casimiro Prieto.



JUSTOS POR PECADORES

DOLORA

Tronaba tanto aquel día,
que viendo el cielo irritado,
—Castiga sólo al culpado,—
una devota decía.
Mas cuando al cielo pedía
contra el culpado rigor,
perdonando al pecador,
cayó en un árbol del huerto
un rayo, que dejó muerto
en su nido á un ruiseñor.

Ramón de Campoamor.



Dr. D. Alberto Palomeque

DISTINGUIDO PUBLICISTA URUGUAYO

EL Dr. D. ALBERTO PALOMEQUE

Desde mucho tiempo al presente, la misión de los que pertenecemos á ese cuarto poder del Estado que se llama la prensa, se ha reducido á censurar y á censurar duramente y con justicia indiscutible hombres y cosas.

Puede, en verdad decirse, que ya no sabemos cómo se ensalza á uno de esos ciudadanos para los cuales no se ha dicho que la política no tiene entrañas, pues actúan en ella con honradez acrisolada y no destierran de sus lides los más nobles atributos de la humana personalidad, como móviles naturales y espontáneos de sus actos públicos.

Han escaseado tanto en las esferas del gobierno los amantes de la República y los actos de abnegación y patriotismo en estos pasados lustros de monocracia militar y de infortunios nacionales, que no acertamos á pulsar la blanda cuerda del estímulo, acostumbrados á arrancar notas rudas á la vibrante y tensa de la reprobación y el anatema hiriente. Pero, al trazar siquiera cuatro líneas acerca de la vida del doctor Palomeque—argumento viviente en pro de la doctrina salvadora que ve en la moral el alma de la política—es de todo punto necesario, y ello halaga nuestro espíritu nacional, pasar de la censura al aplauso y de la reprobación al merecido encomio.

Es el doctor Palomeque el prototipo inequívoco del ciudadano de un país libre, tan soberano señor de sus derechos, como sumiso esclavo de sus deberes, y tan severo censor de las manifestaciones decadentes del espíritu público, como enamorado delirante de las inmarcesibles glorias de su patria.

Afiliado desde sus primeros años á un partido político, —al Partido Nacional,—le ha prestado en la próspera como en la adversa suerte meritorios servicios, ora con su desinterés ilimitado, ora con su pluma brillantísima, ora con el edificante ejemplo de sus procederes intachables, que han tenido la alta virtud de conquistar el aplauso de su propio adversario, aún en las luchas sin cuartel de los partidos militantes.

Altruísta por naturaleza, su desprendimiento ingénito se ha hecho proverbial, y no goza su nombre de esa mentida fama que suelen alcanzar la audacia loca y la conciencia dúctil, sino de esa popularidad real y positiva adquirida por la labor perseverante y los esfuerzos, semejantes á la Walquiria Brunequilda de la leyenda, á la que su padre, para que su hermosura y gallardía no fuesen por todos alcanzados en el trato diario, circundó de abrasadoras llamas, de manera que para llegar á su gentil presencia, fuera necesario pasar por la dura prueba de cruentos sacrificios, sintiendo el acicate del dolor y regando con sangre la senda que conducía á la beldad soñada.

Dice Castelar, el orador del siglo, que Tiberio odiaba profundamente á todo el género humano.

El doctor Palomeque es la antítesis del siniestro emperador; ama á sus más decididos enemigos, y atenúa y justifica sus errores ó sus faltas, siempre que no hieran hondamente los supremos intereses colectivos.

Desde su época de estudiante le ha tocado defender la santa causa de la moralidad, de la justicia y del derecho.

Los primeros artículos que lanzó á la publicidad, fueron escritos para *La Nueva Generación*, que aparecía en Buenos Aires el año 1870, y versaban sobre las prisiones arbitrarias de que fueron víctimas algunos orientales distinguidos, violentamente alejados del suelo patrio durante la revolución del general Aparicio.

Por aquella época compartió con el malogrado Miguel Noguera la redacción del periódico *Los Negros*, órgano de una sociedad literaria de la que formaban parte los más selectos elementos de las letras argentinas, y más tarde colaboró activamente en *La Tribuna*, dirigida por Mariano Varela y redactada por Andrade y Posse.

«Palomeque era el filósofo por excelencia entre nosotros,» nos decía uno de sus antiguos compañeros. Empapado en las doctrinas de Arhens, entonces muy en boga, escribía graves conferencias sobre el derecho de propiedad, sobre la institución del matrimonio y sobre el socialismo formal y subjetivo de Kant.

El año 1872 tuvo la inmensa desgracia de perder á su virtuoso padre, precisamente cuando este noble patriota acababa de ver premiados sus perseverantes esfuerzos con el tratado de paz del 6 de Abril, que hizo deponer las

armas de la sangrienta lucha, al pie de los altares enlutados de la República.

Fué al poco tiempo del fallecimiento de su padre que Palomeque habló por vez primera ante un público ilustrado y numeroso.

Celebraba el Partido Nacional una gran reunión, á objeto de asumir una actitud definida en la próxima contienda electoral. El doctor Labandeira, joven de temple espartano y gallarda inteligencia, que se consagraba en un todo á la defensa de la causa popular, era aclamado de pie por el concurso y se levantaba profundamente emocionado á corresponder á la ovación con la expresión de sus ideas. Subió en un instante la marea de los aplausos entusiastas, llegó á su colmo, y luego empezó á declinar sensiblemente, hasta que reinó en el recinto silencio sepulcral y se acallaron los últimos rumores de la asamblea para que renacieran al calor de la elocuencia.

Pero el doctor Labandeira no era orador. Tendió una mirada indecisa al público, cubrió su rostro palidez de espanto, y á pesar de bullir en su cerebro ideas luminosas, no dijo cosas bellas ni estremeció las masas delirantes la dulce «soberana de las almas.»

Entonces un oyente, que sufre con la angustia de Labandeira, escala la tribuna; la espectativa se produce, termina el primer párrafo que ha pronunciado con vibrante voz en medio de aplausos atronadores, y unos minutos más tarde vuela el nombre del bachiller Palomeque repetido por todos con aureola de triunfo.

El año 1875, llamado con justicia el año terrible, redactaba *La Revista Uruguaya* con su viejo amigo y compatriota, el brillante escritor Eduardo Acevedo Díaz, habiendo fundado en esta misma época una escuela de adultos, á quienes enseñaba especialmente los derechos y deberes del ciudadano, á la sazón escarnecidos y violados por la soldadesca usurpadora que apuntalaba el gobierno de Varela surgido del motín.

Un patriótico artículo fulminando á los verdugos de la soberanía nacional, condújole á la cárcel con su compañero de redacción Acevedo Díaz, habiendo salido pronto de los calabozos del Cabildo, porque encendía el amor á la independencia en los otros presos, leyéndoles las proclamas revolucionarias de Robespierre, de Dantón y de Marat,

bandos de fuego que incitan á tomar por asalto todas las Bastillas de la tierra.

Fué desterrado, y encaminóse entonces á la República Argentina, abriendo en Dolores su estudio de abogado y fundando *La Revista Judicial del Sud*, que continuó hasta su regreso á la patria, donde fué nombrado Juez Letrado Departamental de la Colonia, proporcionándosele así ocasión de combatir el mal de la época con su recto criterio de magistrado, y reprimir, con valor é integridad á toda prueba, los procederes abusivos de un delegado del Poder Ejecutivo, que se ha hecho célebre por ellos.

Cuando abandonó aquel puesto, dejando en pos de sí las simpatías generales, donó sus honorarios á la causa de la educación popular, y volvió á Buenos Aires, donde durante muchos años ha sido un pródigo Mecenas de sus compatriotas, los emigrados, y donde, además de gozar de justo renombre en el foro, cuenta con tantos admiradores de sus virtudes ciudadanas como en su propia patria.

La actividad febril es una de las condiciones más salientes de su personalidad. Su carácter no se aviene con la inercia. Le es indispensable trabajar, agitarse, abrazar distintas empresas á la vez para estar en su medio, y transmitir el movimiento á cuantos le rodean. En la redacción de sus diarios se conversa, se comentan los hechos del día, se refieren cuentos, se inician movimientos de opinión, se combinan bromas de buen gusto, se lee, se declama, se canta, pero se escribe hasta llenar las columnas del diario y nunca falta material cuando el regente asoma su cara de carcelero en el salón del director.

Frutos de esa actividad infatigable son los notables é interesantes libros y folletos que ha escrito en los últimos años sobre los sucesos más trascendentales de nuestra vida política, y los diarios que ha redactado en diferentes épocas, siempre con levantados propósitos, ilustración y altura.

Colabora también con alguna frecuencia en el *Journal du droit International Privé*, de París, en cuya publicación apareció el año 1889 un concienzudo estudio sobre Ejecución de sentencias extranjeras en la República Argentina.

Ha sido fundador de varias asociaciones importantes, y anheloso propagandista de otras, contándose en primer término el Instituto del Sud (B. A.), colegio de enseñanza popular y gratuita superior (Dolores), una Escuela Rural

en el mismo punto, la Sociedad de Socorros Mutuos entre Orientales, que tan inmensos beneficios ha reportado á los residentes en Buenos Aires en las épocas aciagas de los gobiernos personales, y la inolvidable «Sociedad Universitaria,» que tantos ciudadanos meritorios ha dado al país conservando el sacro fuego del civismo en la atmósfera asfixiante del despotismo corruptor.

En los dos últimos años el doctor Palomeque ha hecho brillantes campañas periodísticas. Quedan vivas estelas de su activa propaganda, y aún resuenan en los aires los viriles acentos de *La Opinión*, llamando á juicio á los réprobos, rindiendo ferviente culto á los viejos servidores de nuestra independencia nacional, y despertando el espíritu público abatido, diciéndole como á Lázaro: «Levántate y camina.»

La mayor parte de los artículos y estudios escritos durante este período, han sido coleccionados en dos gruesos volúmenes titulados *Mi año político*, correspondiente uno de ellos á 1888 y á 1889 el otro.

Tanto de su última jornada periodística, como de otras fecundas épocas de labor intelectual, conocemos innumerables pasajes que reflejan sus prendas personales y que de buen grado narraríamos si no se tratara solamente de trazar ligerísimos apuntes biográficos al correr de la pluma.

No hemos hecho ni pretendido hacer su biografía; sólo nos propusimos esbozar los rasgos culminantes de su personalidad.

Quede para escritores de nota el resto de la tarea, que ellos, al interpretar fielmente los sentimientos del pueblo, le harán cumplida justicia, y premiarán su vida ejemplar de ciudadano, con el galardón de la gratitud nacional y la palma sacrosanta de la gloria.

EVARISTO G. CIGANDA.

Montevideo, Abril de 1890.

MIEL HIBLEA

¿Qué á qué saben tus besos? ¡dulce encanto!
á miel hiblea, pero más sabrosa
por libarse en el cáliz de una rosa.
Sólo que á veces la prodigas tanto
que resulta esa miel empalagosa.

Buenos Aires. F. L. B.

EN LA SASTRERÍA



—¿Lo quiere usté angosto?
—¡No!
ancho, que así no incomoda.
—¡Como es moda!
—Es que á la moda
jamás me sujeto yo.
Mis gustos son más sencillos,
y en ella no encuentro halago.
—¿Con bolsillos?
—Si lo pago,
¿para qué quiero bolsillos?

EPIGRAMA

—¿Conque mi hermano Pascual,
con todo y no ser casado?...
—¡Palabra de honor! te ha dado
un sobrino *natural*.



CELAJES

I

Desgarrada su túnica de nieblas,
juguete caprichoso de las auras,
de su letargo despertaba el mundo
bañado por la luz de la mañana.
Y el alma mía
sugestionada
creyóse en la presencia de la Aurora
mi amada al contemplar á la distancia.

II

De pronto iluminóse el firmamento,
robó á las rosas su color el alba,
los pájaros cantaron sus endechas
y el día derramó fulgentes llamas;
óptico sueño
de la esperanza
que ve la luz purísima del Día
en los rasgados ojos de mi amada.

III

Nubes sombrías en tropel confuso
la luz vestían con su gris mortaja;

el mundo sin auroras ni crepúsculos
del éter en las brumas navegaba;
fúnebre acento
de mi nostalgia
que produjo la noche en mis sentidos
al ausentarse de mis ojos rápida.

IV

La virgen de mi amor tiene el secreto
que la leyenda atribuyó á las magas:
vista de lejos, para mí, es la Aurora
envuelta en velos de flotante gasa;
si se aproxima, de la luz del Día
el rayo bienhechor mis penas mata.
Y cuando luego
se aleja ó pasa
quedan las sombras de la Noche triste
flotando en los espacios de mi alma.

RODOLFO G. GODOY.

Buenos Aires.

EL POEMA DEL NIDO

I

Lluvia de perlas, nube de aromas,
visten los campos primaverales;
rubias espigas las verdes lomas,
nieblas azules los manantiales.
La agreste lira
de los amores
vibra en los sauces de la ribera,
y allá en un toldo nupcial de flores,
cantan su dicha dos ruiseñores
una mañana de primavera.

II

Dióles el campo césped mullido,
dióles el viento música y galas,
y ellos cantando cubren su nido
ya con sus besos, ya con sus alas.
Todo era flores
en la pradera,
todo era nubes de oro en los cielos:
era una tarde de primavera
cuando arrullaron, por vez primera,
los ruiseñores á sus hijuelos.

JUAN C. ROSSEL.

Lima, 1890.

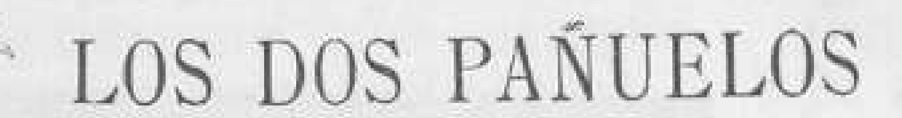
LA ACTRIZ Y EL MÉDICO DE LA EMPRESA



—¡Doctor, me ahoga la pena!
ha muerto mi pobre madre,
y aunque á la empresa no cuadre,
salir no puedo hoy á escena.
—¿No lloró usté, en trance rudo,
su muerte há un año, Isidora?
por lo visto esa señora
se muere muy á menudo.
—¿Duda usted? ¡oh avilantez!
pues está en un grave error;
¡á menudo no, doctor!
¡esta es la segunda vez!

EPIGRAMA

¿*Tentativas literarias*
llamas á tus versos, Paco?
pues mejor hubieras hecho
en llamarles *atentados*.



LOS DOS PAÑUELOS

Una mañana del estío, no pudiendo dormir á causa de haberse olvidado la doncella de correr las cortinas de la ventana, la Condesa Valentina se levantó resuelta á dar un paseo por el campo.

—Será delicioso, pensó, hacer una escapatoria por entre las hojas bañadas por el rocío y por entre las hierbas, donde brillan gotas como diamantes.

Aunque nada tenía que reprochar á sus huéspedes, á los que convidados por ella habitaban la quinta y cada uno de los cuales le había hecho la corte más galante y más asidua, se vistió gozosa en un abrir y cerrar de ojos, halagada por la idea de disfrutar de una hora de aislamiento al aire libre y bajo el toldo misterioso de los árboles.

Su traje fué sencillísimo: una *matinée* de seda cruda y un sombrero de paja sin adornos. Sin llamar á la doncella se vistió, abrió las puertas y bajó las escaleras de la quinta, resonando los tacones de sus zapatos en el silencio de la casa, dormida aún.

Atravesó el césped, cruzó el jardín, salió del parque, y saltando un riachuelo, penetró en el bosque. Corría loca de contento; en el jardín se había creído una flor, en el bosque se creía una dríada. Sólo pensaba en idilios y en dulces escenas mitológicas; los vapores de la mañana se confundían con el vapor, que tal lo parecía, de su ligero traje. Lo que más que todo le encantaba era la frescura matinal.

Soplos, que no se sabía de dónde venían, le acariciaban la frente, los ojos, los labios, el cuello, cual besos furtivos de labios un tanto fríos. El soplo aquel penetraba por donde quiera, y la Condesa estremecíase agradablemente de

pies á cabeza, gracias á la tenue brisa que le cosquilleaba por todo el cuerpo. Aspiraba el aire de la mañana; ofrecíase al viento con placer sin igual; sonreía, reía...; de improviso estornudó.

Aquello era otra cosa; se puso muy seria; era indudable se había constipado. ¡Constiparse! Se le pondría colorada



la punta de la nariz. ¡Qué horror! ¡Bien empleado le estaba! ¡Quién le mandaba salir por el campo á aquellas horas y no estarse muy quietecita en la cama!...

Lo peor del caso era que empezó á notar un cosquilleo molesto por demás en las fosas nasales; llevó la mano al bolsillo, buscando el pañuelo. ¡Otra desgracia! Con la prisa de salir se le había olvidado... ¡Qué iba á hacer!

El picor era cada vez más vivo... no había que pensar

en correr á su cuarto á proveerse de la fina batista que necesitaba, porque había corrido tanto, que debía de estar á media hora lo menos de la quinta.

Seguía la picazón; se hacía insoportable... Pensó por un momento en levantarse las faldas y apelar á las enaguas ó la camisa... Pero, ¿y si por acaso la veía cualquiera? Era cosa de morirse de vergüenza por todos conceptos... Cogió una hoja y quiso emplearla como pañuelo; pero la hoja se le quebró entre los dedos apenas la apretó; apeló á una



flor, pero al aplicarla á la nariz, no hizo sino aumentar el horrible picor de antes...

¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer! Llegó á decidirse resueltamente por el procedimiento innoble y sucio de las mujeres salvajes ó de la baja plebe, á emplear la propia mano como moquero...

En esto notó un leve ruido; volvióse y reparó en un muchacho flaco, de mal color y harapiento, que á la puerta de una choza se disponía á sonarse con un gran pañuelo de algodón, limpio y doblado todavía.

—¡Muchacho! ¡muchacho! gritó Valentina. Aguarda...

el pañuelo dámelo, véndemelo... lo que quieras, pero venga en seguida...

El jovencillo levantó la cabeza; en cuyo semblante se pintaba la soledad y la tristeza, y dijo con voz lenta:

—La conozco á usted muy bien; usted es la señora de la quinta, que está allá, detrás del bosque... Muchas veces pasa usted por aquí cerca, á caballo, con varios señores... Yo me escondo para que no me tropiecen; pero me quedo mirándola á usted, ¡que es tan bonita!.. ¿Por qué me ha pedido usted un pañuelo? ¿No tiene usted pañuelos siendo tan rica?

—Sí, tengo muchos, pero eso no importa; dame el tuyo ahora, dámelo en seguida...

—De buena gana; ¡pero qué me dará usted por él?

—Lo que quieras.

—¿Dinero?

—Dinero, pide el que te parezca y vén á la quinta por él.

—No quiero dinero.

—Pues ¿qué quieres? ¡Date prisa, por Dios!...

—Quiero, á cambio de este pañuelo, uno de usted.

—Bien, bien; mi doncella te lo traerá.

—Aquí estoy todo el día.

—Dame.

—Tome usted.

—¡Por fin!—Lo cogió anhelante y hundió al momento en aquel cuadro de algodón su naricita sonrosada, produciendo un ruido semejante al zumbido de una abeja que se posa sobre un tallo.

Satisfecho así el apremiante afán de la Condesa, ésta regresó á la quinta sin que el amago de resfriado pasara del susto. No olvidó, sin embargo, su promesa, la del pañuelo. Le daba en que pensar, sin embargo, la idea de que un mísero campesino hubiera preferido tan insignificante objeto á una buena cantidad de metálico. Sin duda lo querría para regalárselo á una muchacha de la aldea.

Como quiera que fuese, la doncella de Valentina llevó á la choza del bosque un precioso pañuelo de batista y encajes, con la cifra y la corona de su dueña, la cual no volvió á acordarse del episodio de su paseo matinal.

Pero una tarde al oscurecer, paseando también por el bosque, mas no sola, sino del brazo de su amante, distin-

guió un tenue resplandor entre las ramas. Acercóse, movida por la curiosidad, y se encontró en la choza, á través de cuya puerta entreabierta vió al pobre muchacho sentado en el suelo, inclinado hacia delante y oprimiendo entre las manos una cosa blanca y ligera que besaba unas veces y con la que, en otras, se enjugaba los ojos henchidos de lágrimas.

Al ruido de los pasos se estremeció, alzó la cabeza, se puso en pie, ocultó rápidamente el pañuelo bajo la blusa, y sobre la carne; apagó la luz, salió de la choza en silencio, como si nadie hubiera delante, y se perdió en el fondo del bosque que parecía más triste y negro que nunca...

CÁTULO MENDES.



EPIGRAMA

—¿Qué es del loco de Mejía?
—Parece que el desdichado
hirió á uno el otro día
y fué enjuiciado.
—¿Enjuiciado?
¡bastante falta le hacía!

HUYENDO DEL DIABLO



—Viene aquí, doña Tomasa,
tanto joven... atrevido,
que marcharme he decidido
ahora mismo de esta casa.
--Sin duda exageras...
—¡No!
nunca fuí calumniadora;
¿que exagero? ¡la señora
lo ha de saber como yo!

EPIGRAMA

De Baco á un hijo querido
viendo que se echaba á pecho
un jarro, gritó Pulido:
—¡Ese vino está torcido!—
Mas, volviéndose maltrecho,
dijo el otro:—¿Torcido, eh?...
¿y qué importa que lo esté
con tal de que entre derecho?

Carlos G. Amézaga.

EL BAILE DE MÁSCARAS

I

Nerviosa, inquieta, atenta á los rumores
con que el viento le zumba en el oído,
cambia de prisa el diáfano vestido
por otro lleno de lucientes flores.

De pronto, en los desiertos corredores,
de alguno que se acerca oye el ruido
y apaga el gas, y el pecho conmovido
palpita entre esperanzas y temores.

¡Pasó el susto! Entreabre el solitario
balcón, pero al saltar, mira en la reja
despierto y asustado su canario.

Y la malla de rosas y glicinas
que ocultan el balcón, rompe... y se aleja
furtiva, en pos de sílfides y ondinas.

II

¡Todo es luz, esplendor, dicha y contento!
Hierve la multitud entusiasmada,
y en la atmósfera, tibia y perfumada,
hay embriaguez, hay vida, hay movimiento.

¡Pero mirad! Cobarde, sin aliento,
penetra en el salón, toda turbada,
la del traje oriental, con la mirada
buscando á quien no ve en su aturdimiento.

¡Al fin! ¡Es él! Pero á ella ¿cómo el traje
se le rasgó? ¡No importa! El aura leda
refrescará su sien, bajo el ramaje

que ella, para prenderle, al fin columbra...
Y al bajar al jardín, de la arboleda
perdiéronse los dos en la penumbra.

III

¡De huir en vano á la conciencia trata!
Hunde en el lecho la abrumada frente,
y aquel lecho gentil, aún inocente,
parece que le grita: «¡Ingrata, ingrata!»

Aún ve en brazos del vértigo, insensata,
girar la loca multitud, y siente

como se aleja y vuelve en el ambiente
el rumor que en sus ondas la arrebata.

Pero de pronto la sorprende el canto
de su canario, y con la luz, del huerto
llegan húmedas auras olorosas...

¡Y abre el balcón y mira con espanto
rota la jaula, su canario muerto
y mustias las glicinas y las rosas!

Moisés Numa Castellanos.

Buenos Aires, 1890.

TIPLE LIGERA

Al marchar á Italia un día,
que fué su anhelo constante,
dijo resuelta á su amante
la caprichosa Sofía:
—Tú sabes, Luis, que idolatro
al arte, y pues me enajena
con sus triunfos, la escena,
quiero dedicarme al teatro.
—¿Y si te dan una grita?
exclamó el galán.
—¿Por qué?
—Tienes poca voz...
—Lo sé,
pero, *en cambio*, soy bonita.
—El público sus favores
puede negarte y me espanta...
—¡Bah! pues sin ser mi garganta
un nido de ruiseñores,
no temo el menor fracaso.
—¿Y si te es la suerte esquiva?
—Con esta cara de *diva*
se sale de cualquier paso.
¿Merece mi afán reproche?
—No, mas debo aconsejarte.
—Es inútil: amo al arte...
—*¿Por el arte...* ó por el coche?
—Tan vehemente es mi deseo,
que por nada he de ceder...
¿te ríes? ¡pues he de ser
tiple ligera!
—¡Lo creo!
Para tí es empresa llana
llegar, del arte en la esfera,
no digo á *tiple ligera*,
¡á más!... ¡á *tiple liviana!*

Casimiro Prieto.

EL MÉDICO DE SEÑORAS



—¿Qué tal? ¿qué te ha dicho, Juana,
el doctor?
—Que es conveniente
que le vea puntualmente
cuatro veces por semana.
Sólo así á curar se anima
el mal que há tiempo me aqueja.
¿Y á usted, tía?
—Me aconseja
que cambie al punto de clima.

LA FLOR DEL PANTANO

Como en los cuadros sombríos de Ribera se destacan sobre las tintas oscuras del fondo la figura del santo y la figura del ángel, descarnada, triste y miserable la una, sonriente la otra y formando un tono armónico las dos, así en aquel fondo constituído por el quicio tenebroso de una puerta y por el enfangado piso de la calle, en cuyas piedras golpeaba la lluvia con rumor sordo y continuo, destacábase el contorno confuso de la mendiga, montón de huesos, de arrugas y de harapos, más que guarecido, arrinconado contra las baldosas del portal, y la imagen esbelta de la niña que, chapoteando en los charcos con sus piececitos desnudos, corría al encuentro de los transeuntes en demanda de una limosna, que la mayor parte de ellos no entregaban; ¿por avaricia? nada de eso: por no enfriarse las manos.

La fraternidad humana tiene sus límites, y en esos límites no entra el sacrificio momentáneo de la epidermis.

Semejante grupo, y con especialidad aquella criatura de nueve ó diez años, ha llamado mi atención en el transcurso de varias noches, y algunas veces me he detenido á mirarlo, porque la pobre niña es hermosa, y su hermosura resplandece entre su miseria, como los relámpagos en la oscuridad, con luz siniestra y deslumbradora.

Compadece y encanta á un tiempo su cuerpecillo, envuelto por una túnica hecha de jirones recogidos al azar y remendados con instinto churrigueresco; dan pena sus pies encallecidos por el roce áspero de los guijarros; provocan la angustia sus manos rojas y agarrotadas por el frío, que se extienden hacia delante con un movimiento de súplica; y juntamente con tales escarnios de la suerte, atraen y seducen sus ojos grandes, negros é inteligentes, su naricilla remangada y burlona, sus labios frescos, su barba redonda, su frente ancha y su cabellera despeinada, que se pierde revuelta y tumultuosa entre los pliegues deshilachados de un pañizuelo de percal.

¡Hechicera imagen sacudida por las privaciones y moldeada por la desgracia! Tras las amarguras de su presente, ¿qué tiene reservado para ella el porvenir?

Yo he pensado en esto muchas veces, formando á mis solas el proceso lógico de aquella existencia, y he visto con los ojos de la imaginación algo muy triste y que, sin embargo, representa por modo indudable el futuro de esa muchacha que todas las noches viene á mi encuentro y acaricia mi oído con su voz fresca y temblorosa.

Pasará el tiempo; seguirá la mendiga acurrucada en el quicio de la puerta; seguirá la infeliz criatura implorando el público socorro, y llegará, por fin, una noche en que deteniéndose, más que por capricho, por azar, frente á uno de esos grandes espejos que decoran las tiendas de lujo, vea reflejada su imagen sobre la superficie del cristal, y observe que su cuerpo, redondeándose, ha adquirido formas espléndidas, curvas graciosas que, levantando el seno, contorneando la cintura, dando mayor ensanche á las caderas y á los hombros, más redondez á los brazos y más robustez á la garganta, han transformado en mujer á la niña; y al ver esto verá que sus ojos resplandecen con luz extraña; que las ventanillas de su nariz se dilatan á impulsos de no sé qué desconocidos apetitos; que sus labios se entreabren avarientos de goces; que sus mejillas se colorean y que estas múltiples vibraciones de su organismo la embellecen; sentiráse hermosa, y por serlo, mirará con asco sus harapos; tendrá ansias de vivir la vida que su instinto la ha hecho comprender, y será del primero que pase por su lado, y al pasar la mire, y al mirarla le ofrezca, á cambio de su juventud, un mantón de abrigo, un pañuelo de seda y unos botas pespunteadas con tacón alto y caña de *satín*.

Y así vivirá un año, dos, cinco, diez, pasando de uno en otro, en ese comercio del vicio donde, como en todo tráfico comercial, el mejor postor se lleva la prenda, dejando en poder de cada uno un jirón de su vida exuberante y de su sangre fresca, hasta que, inservible y deshecha, vuelva al punto de partida con los mismos harapos que antes, pero sin los atractivos de la inocencia y sin los encantos de la niñez.

¡Qué remedio! Tal es el destino implacable de esas existencias arrojadas en el arroyo entre la indiferencia común, sin amparo, sin guía, sin sostén y sin alma, que no es alma un montón confuso de sentimientos embrionarios que nadie se cuida de desarrollar ni dirigir. A semejanza

de las flores que nacen al borde del pantano donde nadie se acerca por temor á las fiebres perniciosas, la pobre niña tiene marcado su derrotero por el mundo.

La flor del pantano crece á la orilla de las aguas infectas, tímida y miserablemente al principio; débil el tallo, falto de savia, raquítico á causa de la atmósfera enrarecida que le envuelve, se levanta con trabajoso esfuerzo hasta que, irguiéndose vencedor, ostenta sus encendidos tonos que excitan el apetito de los transeuntes, y detienen su paso y provocan su admiración, proporcionándole á ella un triunfo efímero que dura lo que duran aquellas hojas de vistosos colores y de aterciopelados matices.

Pero las flores se marchitan, la planta palidece, las raíces se secan, y el tallo, mustio, inservible y rugoso, se dobla y cae por fin en el fondo de las aguas corrompidas, no sin dejar antes sobre la ribera alguna semilla que fructifique y perpetúe los destinos de su especie desventurada y miserable.

¡Pobre niña la que yo veo todas las noches, roída por el hambre, educada por la miseria y expuesta al golpeteo de la lluvia, al embate del frío y á la curiosidad indiferente de los que tienen casa donde dormir, hogar donde acogerse, pan para nutrir el estómago é instrucción para alimentar el espíritu!

¡Pobre flor del pantano, nacida en el fango y destinada á morir también en el fango, sin que nadie la recuerde ni nadie la llore!

JOAQUÍN DICENTA.

Madrid.

¡CALLA!

¡No lo digas jamás!... Si lo supiesen,
el ángel de tu guarda,
á su celeste patria tornaría,
velado por la sombra de sus alas.
Aquella noche azul, rica en aromas,
los suspiros del aura,
las aves que en las hojas escondidas
epitalamios cantan,
tus ojos en mis ojos, nuestras manos
temblando entrelazadas,
la negra nube que cubrió la luna...
¡Jamás lo digas!... ¡Calla!...

CARLOS ROXLO.

Montevideo.

EL GRAN TORMENTO

DOLORA

Pasando, indiferente, por mi lado,
no le importa á la infiel que ya no la ame;
aún no ha sentido, como yo, esa infame
el tormento de odiar lo que se ha amado.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

Agosto, 1890.

COSTUMBRES DEL SIGLO FUTURO



—Como esposa, te suplico
que olvides á esa mujer.
—Tu empeño, Inés, no me explico...
—Pues lo quiero y ha de ser.
—Haces mal en exigir
de mí sacrificio tal...
¿no ves que va á producir
un escándalo social?

CANTAR

Fuiste al altar exclamando:
—¡Este es el amor más grande!
Hoy dices, besando á un niño:
—¡No hay amor como el de madre!

TEODORO GUERRERO.



LA ETERNA BATALLA

A MI APRECIADO AMIGO ANGEL F. AVALOS

Cabalgando sin rumbo, á la ventura,
ví una tarde un fantasma que cruzaba
la infinita extensión de la llanura.

Negra hueste de sombras convocaba;
con sus cánticos fúnebres de guerra
el aire, temeroso, resonaba!...

El sol, allá, tras la lejana sierra,
desmayaba rendido,—la sombría
noche avanzaba á dominar la tierra;

Todo era vaguedad, melancolía,
tristeza y duelo que llenaba el alma
al moribundo resplandor del día.

Y ya, creyendo conquistar la palma,
pregonaba la hueste su victoria
de esa hora triste en la solemne calma,

Cuando un intenso resplandor de gloria
partió del astro en Occidente hundido,—
de las nubes corona transitoria,—

Y largo rayo horizontal, tendido
cual recta espada, atravesó la sombra,
llegó al fantasma, y lo postró rendido;

A tiempo que á la luz que las asombra,
las turbas de la noche rechazadas
iban huyendo por la inmensa alfombra!

Turbas que en dispersión, desordenadas,
cruzaban entre nieblas y reflejos
las llanuras del cielo dilatadas!

Perdíanse entre lampos á lo lejos,
y al opuesto horizonte se juntaban
como negras bandadas de vencejos...

Y ya los tercios de la luz llegaban,
ya reflejando en la radiante esfera
los guerreros del sol se levantaban;

Suspensa estaba la creación entera...
La noche vacilaba misteriosa
al gemir de la brisa pasajera...

Hasta que negra hueste poderosa,
rauda y tenaz desde el confín venida,
invadió la llanura silenciosa,—

Y en la inmensa extensión estremecida
huir haciendo los postreros lampos,
proclamó su victoria envanecida!..

Mas, cual suele la nieve en blancos ampos,
la luna entonces,—al romper sus velos,—
blanquear se mira los oscuros campos,
llenar la tierra y dominar los cielos!

* * *

Iba cruzando la región vacía
la blanca luna, fulgurando apenas,
hacia los rumbos en que muere el día.

Su dulce y vaga claridad, las penas,
las sombras y el horror desvaneciendo,
riela como en las noches más serenas.

Y al impulso del viento van huyendo,
bajo su pie, las nubes que levanta
la tormenta, los cielos invadiendo.

Pero en vano se extiende y agiganta
por velar su esplendor! porque la luna
salva sus cumbres con ligera planta,

Y su reflejo, como en blanda cuna,
se tiende á su placer, refracta y juega
en el espejo azul de la laguna...

Negro gigante que en la atroz refriega
sentóse al borde, por bañar su herida,
se inclina un sauce que la luz doblega.



La adusta faz entre la sombra hundida,
baña en las aguas la melena espesa
sobre la frente en su dolor caída.

Mas cuando torna el viento y se endereza
oscura nube de la luna al paso,—
se yergue, sacudiendo la cabeza!

Mueve en la sombra su potente brazo,—
y al blanco rayo que miró en sus celos
con la náyade azul en dulce abrazo,—

Postra á su pie,—mientras con negros velos
la masa de la sombra turbulenta,
osada sube á conquistar los cielos!...

Tembló la cumbre do sus plantas sienta
la reina de la noche, y su corona
de estrellas apagóse ante la afrenta!

Y en tanto el negro Caos abandona
sus moradas de horror—y en el vacío
la tormenta sus nubes amontona!

Ya ruge el trueno en el confín sombrío,
ya el relámpago corta el firmamento;
su ala desata el huracán bravío,

Y hundido entre tinieblas, yo lo siento
pasar veloz como legión de furias,
impetuoso, abrasado y turbulento,
por cielo y campos derramando injurias!



* * *

Pugna en vano la luz, la moribunda
luz de la luna entre la sombra inmensa
que reina en torno lóbrega y profunda.

Si rasga á veces claridad intensa
el fúnebre crespón,—franja de plata
dando á los bordes de la nube densa,—

Pronto el haz de sus rayos desbarata,
y del cóncavo inmenso y tenebroso
la maraña de nubes se desata;—

Mientras cruza los campos victorioso,
rugiendo entre la noche sordamente
negro ejército, informe y horroroso!...

La luz rendida se dobló impotente,
tras la ruda batalla encarnizada
velando en sombras su esplendor fulgente.

Y hundo en vano en los cielos la mirada,
viéndome en mi aislamiento suspendido
sobre el lóbrego borde de la nada!...

Por espantado potro conducido,
presa de ansias sin fin, rodar me siento
entre la inmensa oscuridad perdido,—

Y oigo, aterrado, entre el rugir del viento,
delante, abrirse un espantoso abismo,
á mi espalda, como un derrumbamiento!

Fuerza moral, dominio de sí mismo,—
todo lo dobla en el supremo instante
la violencia del rudo paroxismo!

—¡La luz!—clamo, sintiendo vacilante
ya mi débil razón, de aquella hora
en la espantosa actividad gigante;—

¿Ha de vencer la noche aterradora?
¿Nada habrá que se oponga á los horrores
del audaz triunfador?...—Mas ya la aurora

Despierta sus primeros resplandores,—
ya el sol subiendo á la infinita altura
baña el mundo en sus rayos vencedores!

¡Huyen las sombras de la noche oscura!..
Como tras noche de ignorancia y guerra,
el claro sol de la razón fulgura
y el fanatismo y el error destierra!

S. I. Villafañe.

Buenos Aires, 1890.

MEDITACIÓN

EN EL ÁLBUM DE UNA SEÑORA ROMANA

Cuando voy por el bosque,
creo andar por un templo. Me figuro
que alguien reza en los árboles,
que alguien oficia en su recinto oscuro.
Insólita grandeza
en todo admiro, en todo reverencio;
las hojas suenan órganos,
dilata blandos ecos el silencio.
Bosque augusto, tu sombra
no ampara al odio ni al error concibe;
y en tí, libre el espíritu,
Las alas suelta y en lo inmenso vive!

Guillermo Matta.



Dr. D. Manuel T. Podestá

REPUTADO ESCRITOR ARGENTINO

LA PARADOJA DEL VICIO

¡Oh mi pobre enfermo predilecto!

Si lo hubiesen conocido, si hubiesen podido ustedes tenderle la mano, como yo, en el momento de la suprema despedida, dándome el aliento que mermaba á mi fe de médico, se habrían sentido humillados en presencia de mi viejecito, que se despedía de la vida sonriendo, despreocupado y poniendo en flexión su antebrazo derecho para arrojar á la espalda un resto de pesadumbre y de apego á la vida.

Se hubiesen sentido tocados en lo más íntimo en presencia de mi pobre enfermo postrado, moribundo, casi agonizante, que aprovechaba los intervalos lúcidos para tenderme siempre la mano y darme el coraje que á él le sobraba.

Cuando en su última despedida le ví cerrar sus ojos y hacer un gesto desdeñoso, una mueca de burla por un jirón de vida que no quería abandonarlo, recordé uno á uno todos sus sufrimientos, sobrellevados con resignación estoica, con valentía de héroe, con desprecio de filósofo, le prometí un recuerdo, ya que mi sensibilidad no debía manifestarse en presencia de los otros enfermos que lo contemplaban con el egoísmo del que sufre y me miraban como reprochándome que me lo dejase arrebatar...

. . . .

—Ya me voy, doctor, solía decirme cuando le tomaba el pulso para cerciorarme de su estado.

Y parecía adivinar la respuesta; indiferente, tranquilo, con esa placidez del que nada espera ni aquí, ni allá, y se dispone á dejar la envoltura miserable como quien arroja una camisa agujereada.

—No, hombre... no debe pensar en eso... todavía hay tiempo... ya verá cómo se mejora.

Es decir, lo de siempre: la mentira terapéutica, la mejor arma de que podemos echar mano cuando nuestra ciencia no dice nada á nuestros deseos.

Él se encogía de hombros, sonreía con su sonrisa incrédula, se daba vuelta en la cama meneando la cabeza, mientras decía entre dientes:

—¡Eh!... hoy ó mañana... es lo mismo...

. . . .

Se presentó un día al consultorio con aspecto huraño, caminando con dificultad y respirando, como si tuviese sobre el pecho una chapa que lo oprimiese.

Era un hombrecito grueso, de espaldas anchas, redondeado por la infiltración de sus carnes que lo habían invadido desde la cabeza á los pies.

Su cara lampiña y surcada por arrugas gruesas, blancas, casi transparentes como el resto de su piel, revelaba un sufrimiento oculto, intenso, que él trataba de disimular con su fuerza de voluntad y con su despreocupación por el mal. Dos ojitos movedizos y expresivos asomaban curiosos por la rendija de sus párpados abotagados, frente alta, bien contorneada y una cabeza un poco cuadrada y mal cubierta por hileras de pelos blancos, amarillentos, desiguales y salpicados de trecho en trecho.

De entrada, nos contó su historia, una verdadera historia de penurias, de trabajos, de contrariedades; una carrera completa de pobre, de obrero desgraciado que había desquitado su hambre y su sueño con un día de trabajo rudo, continuo, monótono y que al fin lo había postrado.

—He trabajado hasta que he podido; ahora ya no tengo fuerza ni aliento; me parece que estoy mal .. y si no hay remedio..., añadió, paciencia.

Y levantó alternativamente los hombros, como si quisiese llevar el compás de su indiferencia por el peligro.

Estaba enfermo del corazón, y como consecuencia de este padecimiento, todo su organismo estaba sometido al desequilibrio de su circulación entorpecida.

La pasión del vino había dado su última mano á ese modelo de sus fechorías, presentando un hombre hinchado, fofo, casi transparente en los puntos donde sus carnes estaban impregnadas de agua.

Vivía inconsciente del peligro y no pensaba más que en trabajar para beber, para olvidar, para estimular el cerebro con visiones risueñas y el corazón con latidos violentos, desordenados, haciéndolo trotar dentro del pecho.

Este viejecito, inculto, abotagado, cansado por el trabajo como un animal derrengado, sin más caudal que sus músculos, que fueron poco á poco perdiendo el vigor y la elasticidad, tirado en un rincón de su taller como una máquina

que ha perdido los dientes de sus ruedas de engranaje, cantando al compás de su marcha en las mañanas de invierno crudo, cuando mezclaba el *humo* de su aliento con la neblina que se disipa perezosa, tambaleando todavía un poco por el desorden de su cabeza, viendo muchas veces delante de sí una visión extraña que le guiaba los pasos; no soñó jamás con una felicidad mejor que la de ponerse ebrio cuando le asaltaba un dolor, cuando le mordía una decepción.

Y había echado bien sus cuentas.

Realizó ampliamente sus propósitos, y como si el vicio se compadeciera de su víctima por la generosidad con que le entregaba su cuerpo para que tomase la parte que le correspondía á trueque de los *beneficios* que le prodigaba, fué cobrando de sí poquito y sin usura, y el viejecito pudo llegar al último tramo sin verse acosado por un acreedor exigente y avaro.

También esta es felicidad; felicidad de mala ley que engaña y pervierte; pero entre una felicidad real que nunca llega, á pesar del afán con que se la busca y se la implora, y una artificial que hace vivir contento y sonriente al que jamás podrá aspirar á otra, hace perdonar al que así las entiende y las disfruta.

¿Qué le importaba á nuestro viejecito que su cerebro no estuviese en aptitudes de hacer cálculos sobre la fortuna, sobre el porvenir, sobre la otra felicidad tan esquiva y exigente? ¿qué gasto de ideas, de conceptos, de principios, de problemas debían elaborarse en esa cabeza que no había recibido más empuje que el de una animalidad refinada y humana?

Las células que debían servirle para elaborar estas cosas muy nobles y muy delicadas, cansadas de esperar, abandonaron el campo; unas se atrofiaron, otras se quedaron incompletas, inertes, truncas, y al fin también ellas dejaron su alojamiento para dar paso á los pequeños grupos que entraban bulliciosos, mareados con las inhalaciones del vino, y llevando en su seno las estrofas picantes de una canción popular, el remedo de ideas de grandeza, ó las visiones doradas que ocultaban la realidad humana y abrumadora.

Más felicidad había salido así del cerebro de nuestro enfermo que ideas de la cabeza de un sabio: nunca el

vicio se rodeó de artificios más engañosos y seductores para apoderarse de su presa.

Ahora le tenía asegurado; había clavado su garra en el corazón; pero debía sentir el bochorno de su conquista. ¡Pobre conquista!

Nuestro viejecito tenía sus sesenta años bien contados, con un pico que había olvidado al echar sus cuentas de fechas memorables y aventuras. Le sobraba razón para burlarse de su Mefistófeles.

La Naturaleza lo había provisto de un organismo tan fuerte como el hierro que machacaba diariamente con sus brazos nervudos y adiestrados, y su corazón, como una guardia vieja, sólo pensó en rendirse cuando vió agotado el último cartucho.

Ahí estaba en su cama, al lado de un balcón para disfrutar del último panorama de luz, para despedirse alegremente de la vida, y tal vez, con la suprema felicidad de entrever una mejor en sus alucinaciones de moribundo.

Satisfecho de sí mismo, de su misión cumplida al pie de la letra: trabajar y beber.

Ignorando que existieran moralistas que se atreviesen á decir que aquello era malo y que la sociedad tuviese anatemas para reprobar ese vicio.

. . . .

No dejaba pasar una mañana sin hacerme la misma pregunta, como si dependiese de mis esfuerzos ó de mis deseos el tenerlo anudado por un hilo tan frágil á una existencia que él mismo ya no apreciaba.

Alguna vez me quedó la duda de que abrigase esa creencia, y hubiera sido mortificante para mi amor propio de médico el que creyese que yo podía sujetarlo con amarras fuertes, cuando él había hecho todo lo que estaba en su mano por romper las pocas que le quedaban.

En algunos momentos lo sorprendía sumergido en un delirio tranquilo, alegre, á juzgar por la expresión que daba á su fisonomía, y bastaban algunos estimulantes para hacerlo volver á la realidad de su estado.

¡Pobre viejecito! jamás tuvo una queja ni una impaciencia; no había en él ese egoísmo que transforma á los enfermos en seres de otra especie, y que serían capaces de acabar con toda la paciencia de la descendencia de Job, si los médicos no estuviesen acostumbrados á sus exigencias.